Eginhardo

Vida de Carlomagno

Alianza editorial

Eginhardo

Vida de Carlomagno

Alianza editorial

Eginhardo

Vida de Carlomagno

Introducción, traducción y notas de Alejandra de Riquer

Alianza editorial

Índice

Introducción, por Alejandra de Riquer
Bibliografía
Siglas y abreviaturas
Cronología

Vida de Carlomagno
Prólogo de Walafredo Estrabón
Vida de Carlomagno

Cuadros genealógicos de los carolingios
Créditos

Introducción

El renacimiento carolingio

A finales del siglo VIII, con el poder que fue adquiriendo la nueva dinastía de reyes carolingios, el estado franco se vio en la necesidad de organizar los territorios conquistados. El imperio de Carlomagno (que abarcaba desde los Pirineos y el mar del Norte hasta Bohemia y el centro de Italia) precisaba con urgencia de subordinados lo suficientemente instruidos para llevar a cabo las tareas administrativas en un territorio muy amplio y diverso. Sólo la Iglesia podía constituir el común denominador de estos pueblos, que tenían lenguas, costumbres e instituciones diferentes, ya que todas las naciones sometidas al poder de Carlomagno profesaban, o se verían obligadas a profesar, dada la inevitable cristianización, un credo único. Así pues, de la Iglesia, institución que desempeñaba no sólo una tarea pastoral sino también, como era tradición, la puramente educativa, se esperaba soporte y ayuda.

Pero la Iglesia franca se veía afectada por un gran número de problemas que hacían que difícilmente pudiera cumplir de manera eficaz este cometido. Desde los inicios del siglo VIII era ya imperiosa la necesidad de reformar esta institución: convenía poner orden en su organización jerárquica, económica y diocesana, y era preciso unificar la liturgia según las costumbres y los ritos romanos. Estos cambios tan necesarios, sobre todo en lo relacionado con la función pastoral y docente que la Iglesia tenía que ejercer, debían centrarse primeramente en una reforma educativa encaminada a lograr el correcto uso, por parte de todos los hombres de Iglesia, de la lengua propia de la institución, es decir, del latín. Baste un ejemplo para demostrar cómo la lengua latina se había deturpado en boca de clérigos ignorantes: en época de Pipino el Breve, padre de

Carlomagno, el papa Zacarías se vio obligado a reprender en una carta a san Bonifacio porque éste llevaba su celo hasta el extremo de volver a bautizar a aquellos a quienes se había conferido este sacramento incurriendo, en la fórmula ritual, en incorrecciones gramaticales tales como *Baptizo te in nomine Patria, et Filia, et Spiritu sancta*[1].

Resultaba a todas luces evidente que se necesitaba un clero educado e instruido, que pudiera leer e interpretar bien la Biblia, capaz de suministrar textos fidedignos, tanto sagrados como profanos, entendido en teología, eficaz para ejercer la labor de proselitismo y conversión y, lo que no era menos importante, competente para llevar a cabo las tareas de administración derivadas de las conquistas de los francos.

Estas aspiraciones sólo se podían conseguir a través de una reforma cultural organizada, y el único que podía propiciarla y darle cohesión en ese momento era el rey, un laico, al que, sin embargo, se le reconocía el poder sobre la Iglesia de su reino. En efecto, desde el 754, año en el que el Pontífice de Roma ungió a Pipino el Breve como rey –hecho hasta entonces inusitado entre los reyes francos y otros pueblos bárbaros, a excepción de los visigodos–, se atribuyó una auténtica función mística al soberano, lo que dio origen a una concepción del papel religioso del mismo que sería constantemente reivindicada en el futuro. Por otra parte, la creación de los Estados de la Iglesia, que, en un principio, tenía que garantizar la independencia del Papa respecto a los príncipes, obligó, paradójicamente, a que el Sumo Pontífice tuviera que estar bajo la protección política del rey franco. Finalmente, el hecho de que Carlomagno, en el año 800, fuera proclamado, en su consagración, «emperador de los romanos» reforzó, si cabe, su supremacía en Roma. Así pues, el rey podía asumir con todo derecho el patrocinio de la reforma eclesiástica, que debía ir acompañada de otra de tipo cultural, lo que, a la postre, redundaba en provecho de su política imperial.

En este sentido la preocupación de Carlomagno por la instrucción de clérigos, y también de laicos, puede interpretarse como un intento consciente de promover la unidad eclesiástica y política en sus dominios. A esto responde la reforma del texto de la Biblia y de la liturgia llevada a cabo por iniciativa suya y, sobre todo, la llamada legislación escolar de Carlomagno, esto es, los decretos y capítulos conciliares, promulgados por el rey, en los que se disponía una reforma educativa y cultural del clero, basada principalmente en el aprendizaje y uso correctos de la lengua latina. En estos textos[2] se propugnaba la creación de nuevas escuelas para enseñar a leer a los niños y se insistía en la necesidad de los estudios gramaticales para profundizar en el conocimiento de las Sagradas Escrituras.

Un objetivo muy importante perseguido también por Carlomagno fue dar impulso a la cancillería real. El rey quiso devolver al escrito administrativo el lugar preponderante que había tenido en el Bajo Imperio y que se mantenía en Bizancio. Ahora bien, sus esfuerzos se encontraron con varios inconvenientes: por una parte, la tradición «administrativa» bárbara, en la que predominaba la comunicación oral, y, por otra, el problema con el que se topaba siempre: la dificultad de encontrar funcionarios que leyeran y escribieran correctamente el latín, única lengua oficial del reino. La utilización del escrito como un medio de gobierno, algo imprescindible a medida que se iba extendiendo el imperio, exigía, al igual que la reforma eclesiástica, unos hombres, clérigos o laicos, instruidos, capaces de hacerse cargo de la administración de las tierras bajo dominio franco.

Llegados a este punto, hay que ser justos con la figura de Carlomagno. La intención exclusivamente política de su reforma cultural ofrece una visión parcial e insuficiente de tan importante movimiento, mengua el valor de la dimensión intelectual de sus logros y no alcanza a explicar cabalmente por qué este hombre de armas, este guerrero, puso todo su empeño en ser el mecenas de un grupo de hombres sabios y capaces que dieron forma y contenido a este renacer cultural. Uno de los mayores méritos del

rey franco fue su buen tino en la elección de estos hombres. Reunió a su alrededor a los mejores letrados y eruditos que ofrecía entonces Europa y que, además, eran excelentes literatos. Así, de Italia, se pusieron al servicio de Carlomagno Pedro de Pisa, Pablo Diácono y Paulino de Aquileya; de Inglaterra, ya relacionada con los carolingios a través de figuras como la de san Bonifacio, llegó Alcuino de York, en quien Carlomagno encontró el más valioso propulsor de todas sus empresas culturales; Hispania contribuyó con Teodulfo, obispo de Orleans, sin duda el mejor poeta de la época, así como Irlanda con Clemente Escoto. Estos eruditos, por su parte, formaron en la corte a toda una serie de alumnos que más adelante llegaron a desempeñar la función de sus maestros; entre estos jóvenes, educados ya en la corte carolingia, cabe destacar a Angilberto, Muadwino y, sobre todo, a Eginhardo, autor de la *Vida de Carlomagno*.

La corte constituyó un lugar privilegiado de encuentro e integración entre la élite intelectual y la élite política, fue el ámbito en el que se plasmó una relación provechosa y recíproca entre el poder, la cultura y la creación literaria. El poder necesitaba a estos hombres para que le proporcionaran servicios de cancillería y diplomáticos, como elaboradores y portavoces de ideologías, como expertos en derecho y en todo tipo de ciencias y como consejeros y educadores; los eruditos, por su parte, necesitaban apoyarse en el poder, que era la garantía de su seguridad y su sustento.

La figura de Carlomagno es la referencia ineludible en la mayoría de las manifestaciones artísticas de esta época y, en consecuencia, el panegírico al rey una de las constantes temáticas de la literatura carolingia. Pero la biografía de Carlomagno que compuso Eginhardo, por muy evidente que sea el afán encomiástico del autor, trasciende el ámbito tan limitado de la alabanza al soberano. La *Vida de Carlomagno* es un texto fascinante y único por muchas razones, que se irán detallando a lo largo de estas páginas; la más importante es, sin duda, su excepcionalidad como documento histórico. Pero, además, es el texto que ofrece más información y

riqueza de detalles sobre el rey franco, no sólo en lo que se refiere a su actividad política, militar y administrativa, sino también acerca de su persona, en un elaborado y minucioso retrato físico y psicológico que constituye uno de los mayores atractivos de la obra.

Eginhardo

Todo lo que sabemos sobre la vida y la persona de Eginhardo proviene, en su inmensa mayoría, de la información que dan algunos textos de la época. Las principales fuentes para establecer su biografía son el testimonio que el propio Eginhardo ofrece en el prefacio de la *Vida de Carlomagno* y, sobre todo, el prólogo que para esta misma obra compuso el erudito carolingio Walafredo Estrabón, pues en él traza un perfil del autor que, aunque sucinto, incluye noticias muy valiosas sobre su vida.

Eginhardo[3] procedía de una familia noble asentada en el valle inferior del río Main, en la parte oriental de los territorios francos. Nació en torno al año 770, y recibió su primera educación en Fulda, el monasterio fundado por san Bonifacio en el año 744, cuya escuela llegó a ser una de las más importantes de la Edad Media. Un monje llamado Baugolfo, que a la sazón era el abad de dicho monasterio, al notar las excelentes y prometedoras cualidades de Eginhardo, lo empleó primero como escriba y luego, hacia el año 791 o 792, lo envió a la escuela palatina de la corte de Carlomagno, que en aquella época dirigía Alcuino de York.

Como ya se ha señalado anteriormente, Carlomagno acogía en la escuela palatina a los jóvenes que se habían distinguido en sus estudios, constituyéndose así en su *nutritor,* es decir, en la persona que les procuraba tanto el sustento material como la formación espiritual. En la escuela se instruía a alumnos que luego tendrían que desempeñar las tareas propias de los funcionarios de palacio, pero también se impartía una educación de tipo superior, pues se proponía un estudio completo de las artes liberales[4] y una lectura regular y profunda de los textos sagrados, patrísticos y clásicos. Era,

además, una enseñanza de acceso abierto, de la que se beneficiaban no sólo los que eran propiamente alumnos de la escuela, sino también la familia real, incluido el propio Carlomagno, y las personas que vivían o desempeñaban algún cargo en palacio. Por esto, en la escuela palatina, Eginhardo tuvo como condiscípulos a los hijos de Carlomagno –entre ellos, a Ludovico Pío, el futuro emperador–, con los que, como él mismo afirma, llegó a trabar una buena amistad.

Del testimonio de Walafredo Estrabón, así como del de otros escritores de la época, se puede deducir que la vivaz inteligencia de Eginhardo, la amplitud de sus conocimientos y, algo en lo que se hace gran insistencia, su carácter íntegro y afable le procuraron el aprecio de la corte y, ante todo, del propio Carlomagno. Sin embargo, no parece que llegara a ejercer ninguna actividad política de relieve durante su reinado. Sólo tenemos constancia de su participación, en el año 806, en la embajada que le llevó al papa León III un ejemplar del acta de Thionville, por la que Carlomagno regulaba la división del imperio entre sus tres hijos, Ludovico, Carlos y Pipino[5]. Otra breve noticia sobre nuestro autor la ofrece el poema *In honorem Hludowici,* compuesto por Ermoldo el Negro para mayor gloria, como su título indica, de Ludovico, hijo de Carlomagno. En un pasaje de esta obra, que describe una asamblea celebrada en Aquisgrán en el 813, un año antes de la muerte de Carlomagno, cuando dos de sus hijos, Pipino y Carlos, habían fallecido ya, Ermoldo presenta a Eginhardo postrado a los pies del emperador, exhortándole a que asocie a Ludovico a su título imperial y lo nombre su único sucesor, en un discurso que constituye, por lo demás, un gran elogio de las virtudes del que fue condiscípulo suyo[6].

Más allá de cualquier consideración sobre la dudosa autenticidad histórica de esta intervención de Eginhardo, a la que únicamente se hace referencia en este poema, lo cierto es que la actividad de nuestro autor en la corte de Carlomagno se centró en asuntos de índole técnica, artística y cultural. Así, se le confió la

superintendencia de los edificios imperiales, dado que nuestro biógrafo poseía conocimientos en el campo de la arquitectura. Estas cualidades artesanales y artísticas le valieron en la corte el pseudónimo de Beseleel, el personaje de la Biblia que, junto a Ooliab, fue inspirado por Dios para construir el Arca de la Alianza[7]. En realidad, este mismo detalle confirma que Eginhardo formaba parte del círculo de eruditos vinculado al rey, a su familia y a cierta aristocracia franca, pues entre sus miembros existía la costumbre de adoptar pseudónimos bíblicos y clásicos: por ejemplo, al propio Carlomagno se le daba el nombre del más famoso rey bíblico, David, a Alcuino, el de Flaco (por el poeta romano Quinto Horacio Flaco), o a Angilberto, el de Homero.

En el año 796 Alcuino decidió retirarse al monasterio de San Martín de Tours y, en su condición de antiguo director de la escuela de palacio, recomendó encarecidamente a Eginhardo tanto para la explicación de los clásicos latinos como para la resolución de los problemas de aritmética, disciplinas éstas de las que al parecer tenía un perfecto dominio. Desde entonces Eginhardo se dedicó a la enseñanza en la escuela de palacio e incluso se ha llegado a suponer que, tras el retiro de Alcuino, este centro fue dirigido por él.

Nuestro autor fue una persona querida y popular en la corte carolingia. En este sentido, resulta realmente curioso que varios autores ligados a este ámbito aludan a él en sus textos destacando unánimemente un mismo hecho que, a primera vista, puede parecer de muy poca importancia: la baja estatura de Eginhardo; es más, por este motivo incluso se le llegó a apodar *Nardulus,* diminutivo de la aféresis de *Einhardus.* Si bien este rasgo físico, ya mencionado por Walafredo Estrabón en su prólogo a la *Vida de Carlomagno*, le valió a Eginhardo alguna broma de dudoso gusto[8], hay que señalar que por lo general se hace referencia a ello con un fin encomiástico, para establecer una contraposición entre la baja estatura y la grandeza de espíritu que, como sostienen estos autores, caracterizó a Eginhardo. Así, por ejemplo, Alcuino de York le dedicó un poema en el que, a partir del juego de palabras al que se presta el apodo

Nardulus –pues es también el diminutivo de la flor llamada *nardus*–, desarrolla una apología de lo pequeño:

> En palacio hay una pequeña puerta y un pequeño habitante. No desprecies, lector, un nardo pequeño, pues el nardo, en sus racimos de espigas, exhala un olor penetrante. La abeja te trae miel excelente en su cuerpo pequeño. Pequeña es también la pupila de los ojos, pero gobierna con autoridad los movimientos de un cuerpo enérgico. Así Nárdulo gobierna él mismo toda esta casa. Cuando pases, lector, saluda al pequeño Nárdulo[9].

La misma idea antes apuntada, la baja estatura de Eginhardo confrontada con su elevado espíritu, inspira estos dísticos de Teodulfo de Orleans que, si bien no están exentos de cierto tono jocoso, insisten en las grandes cualidades de nuestro biógrafo:

> Corra Nárdulo aquí y allá en incesante movimiento, como una hormiga tus pies van y vienen sin parar. Su pequeña casa está habitada por un gran anfitrión, mucha grandeza reside en un cuerpo pequeño[10].

Eginhardo se casó con Emma, una muchacha noble a la que amó profundamente. A propósito de este matrimonio, hay que señalar que en el siglo XII los amores de Eginhardo y Emma fueron objeto de una leyenda que convertía a ésta en hija de Carlomagno. Parece muy posible que esta invención responda en realidad a una confusión de este matrimonio con las relaciones amorosas que mantuvieron el poeta Angilberto y Berta, hija del emperador. En cualquier caso, la versión legendaria de estos amores, recogida en el *Chronicon Laurishamense* (s. XII), narra una historia bastante peculiar. Eginhardo, enamorado de Emma, hija de Carlomagno, acude una noche de invierno a la cámara de la joven. A primera hora de la mañana, cuando ha de volver a su casa, la densa capa de nieve que se extiende sobre el suelo le hace temer que se identifiquen sus huellas y, por lo tanto, se descubra dónde ha pasado la noche. Como solución, Emma resuelve cargar a sus espaldas a Eginhardo y llevarlo de esta manera hasta su casa, ya que sus propias huellas no han de levantar sospechas. Pero Carlomagno, que sufre de insomnio, llega a ver casualmente este

curioso traslado y, aunque se enfurece, decide no castigar a los amantes y propiciar su matrimonio. Esta historia, en la que están presentes de un modo implícito, por un lado, las relaciones amorosas de las hijas de Carlomagno y la actitud del rey franco ante estos vínculos[11] y, por el otro, la tan celebrada menudencia corporal de Eginhardo, gozó, desde el siglo XII, de una popularidad extraordinaria, pues aparece recogida, en diferentes versiones, en numerosas obras de la literatura[12].

Tras la muerte de Carlomagno en el año 814, su hijo y sucesor, Ludovico Pío, concedió a Eginhardo la posesión de Michelstadt, en el bosque de Odenwald, y de Mülheim, junto al Main, tierras cercanas al lugar donde nació. Además, Eginhardo llegó a ser uno de los abades laicos[13] más poderosos de su época, pues le fueron asignadas, entre otras, las abadías de San Pedro de Mont Blandin, San Bavón en Gante y Fontanelle y San Servasio en Maastricht. En el año 817 se inició, de hecho, la actividad política de Eginhardo con el desempeño de unos cargos que revestían gran importancia, ya que fue nombrado secretario de Ludovico Pío y preceptor de Lotario, el primogénito del emperador. Y es que, desde ese mismo año, Lotario había sido asociado a Ludovico en el trono como único heredero del imperio, mientras que a sus hermanos, Pipino y Luis, se les había concedido Aquitania y Baviera respectivamente.

Eginhardo mantuvo esta posición destacada y segura en la corte hasta que en el año 829 se inició el conflicto entre Ludovico Pío y Lotario. El nacimiento de Carlos[14], fruto del segundo matrimonio del emperador con una princesa bávara llamada Judit, movió a Ludovico Pío a hacer una nueva repartición del imperio. Lotario, que se vio prácticamente desposeído de su condición de único heredero, formó un ejército con sus hermanos Pipino y Luis para enfrentarse a su padre. Al principio de esta crisis, Eginhardo desempeñó un papel de hábil intermediario, asumiendo una posición reconciliadora y neutral, lo que le permitió mantener buenas relaciones tanto con el emperador como con su hijo. Sin embargo, en el año 830, cuando el enfrentamiento originó una auténtica rebelión, Eginhardo se retiró

con su mujer a una de sus posesiones para dedicarse a la administración de sus abadías y a la actividad literaria, aunque siguió manteniendo cierto contacto con la corte, como lo demuestran las epístolas de la época.

Se estableció finalmente en Mülheim, donde fundó la abadía de Seligenstadt. Se congratulaba de guardar allí los restos de san Marcelino y de san Pedro, dos mártires de la época de Diocleciano, a los que dedicó, como se verá enseguida, una de sus obras. La muerte de su esposa, en el año 836, supuso un duro golpe para Eginhardo, quien, al parecer, no encontró consuelo ni en los amigos ni en la visita que recibió del propio Ludovico Pío. Cuatro años después, el 14 de marzo del 840, murió en Seligenstadt, en cuya basílica fue enterrado. Rabano Mauro, abad de Fulda, el monasterio en el que Eginhardo había recibido su primera formación, compuso para él este epitafio:

> A ti, que entras en este templo, te pido que no desdeñes saber qué guarda este lugar y qué recuerda al preservarlo. Aquí, en este túmulo, yace enterrado un hombre insigne al que su padre había dado el nombre de Eginhardo. De mente sagaz, conducta honrada y expresión elocuente, con su arte benefició a muchos. Lo acogió en su corte el rey Carlos, gracias al cual pudo llevar a cabo grandes obras. Así, ejerciendo dignamente la misión que se le encomendó, buscó en Roma los cuerpos de estos santos y los trajo aquí. Que ayuden éstos a muchos con sus ruegos y sus propiedades curativas, y a su alma le concedan el reino de los cielos. Cristo Dios, Salvador, Rey y Creador de los hombres, concédele piadosamente descanso eterno más allá de las estrellas[15].

La actividad literaria de Eginhardo se desarrolló principalmente después de que abandonara la corte. Así, hacia los años 830-831 parece que compuso la obra *Translatio et miracula sanctorum Marcellini et Petri,* en la que se narra el traslado de Roma a Seligenstadt de los restos de estos santos y los numerosos milagros acaecidos por su intercesión. Destinada, como el propio autor afirma, al adoctrinamiento de los fieles, esta pieza constituye una buena muestra de la tradición hagiográfica, tan frecuente en la época, y, en particular, del relato de las *translationes.* Ahora bien,

Eginhardo imprime a la narración un tono claramente personal –de hecho, él propició este traslado–, lo que en cierta medida distingue a esta obra de la mayoría de los ejemplos pertenecientes al género[16].

En el año 836 Eginhardo escribió un opúsculo teológico, en forma de epístola, que dirigió a Lupo de Ferrières, amigo y corresponsal suyo. Con esta obra, titulada *Quaestio de adoranda cruce,* Eginhardo intervino en la polémica, reavivada entonces por Claudio de Turín, sobre el culto a la representación iconográfica de Dios, centrando el tema, a propuesta de Lupo, en la veneración de la Cruz. La exposición de Eginhardo, basada en la distinción entre adoración y veneración, defiende la legitimidad de tal veneración en contra de la actitud iconoclasta de Claudio[17].

Se han conservado asimismo más de cincuenta epístolas que Eginhardo escribió desde el año 823 y que constituyen un precioso documento de los últimos años de su vida. Estas breves cartas fueron recogidas en una de las abadías de Eginhardo, San Bavón en Gante, como modelo de estilo epistolar para los alumnos de la escuela monástica[18].

No pocas son las obras que han sido atribuidas a nuestro biógrafo. El caso más significativo y controvertido es el que atañe a los llamados *Annales regni Francorum*. Durante mucho tiempo se creyó que una de las redacciones de estos anales, la comprendida entre los años 801 y 829, era obra de Eginhardo, pues guarda grandes semejanzas lingüísticas y estilísticas con la *Vida de Carlomagno*. Hoy parece claro que Eginhardo fue ajeno a la redacción o compilación de los *Annales,* aunque a la narración comprendida entre los años 741-801 y 801-829 se le sigue dando muy a menudo el nombre tradicional de *Annales Eginhardi* o *Annales qui dicuntur Einhardi*[19].

La *Vida de Carlomagno*

La *Vida de Carlomagno (Vita Karoli)* fue compuesta durante el reinado de Ludovico Pío, pero resulta difícil precisar con más exactitud la datación de la obra: Eginhardo no hace referencia a la fecha de composición ni en la biografía ni en sus otros escritos, y tampoco hallamos en otros autores, ni siquiera en el prólogo a la obra que hizo Walafredo Estrabón, noticia alguna a este respecto. Así, los estudios sobre esta cuestión se mueven en un amplio margen de años que va desde el 817 hasta el 836, si bien parece que este arco temporal podría reducirse a los años 828-836[20].

Género y finalidad

Antes ya se ha señalado que uno de los mayores atractivos de la *Vida de Carlomagno* reside en que la biografía, además del esperado relato de las conquistas militares y de la actividad política y administrativa del rey franco, incluya también un detallado retrato físico y psicológico suyo. Esta idea de anteponer la caracterización global de una personalidad a la narración pormenorizada de sus hazañas se la inspiró en cierta medida a Eginhardo la lectura de una obra que es, al fin y al cabo, su claro modelo para la composición de la *Vita Karoli:* las doce biografías de los Césares que, a principios del siglo II d. C., escribió Gayo Suetonio Tranquilo.

Con anterioridad a la *Vita Karoli,* el género biográfico, en la literatura latina medieval, había quedado prácticamente reducido a la hagiografía, y estas *vitae,* término que hasta entonces parecía reservarse para las vidas de santos, no son obras propiamente históricas, sino de naturaleza religiosa o espiritual, con una clara intención edificante y cuyos protagonistas responden a un modelo más o menos estereotipado de héroe-santo, destinado por Dios a ser su servidor y su testigo. La *Vida de Carlomagno* es, pues, la primera biografía laica, o, al menos, la primera biografía de un rey de la latinidad medieval, en la que el protagonista es presentado, descrito y ensalzado en virtud de su importancia histórica, como

figura perfectamente parangonable, a los ojos de Eginhardo, a la de los Césares de Roma.

Es cierto que determinadas circunstancias contribuyeron a hacer de Eginhardo el restaurador de la biografía laica. El cultivo de la biografía de grandes personajes históricos responde de manera clara a la orientación cultural y política de una época y, en el caso que nos ocupa, no cabe duda de que la época queda absolutamente determinada por la figura de un gobernante, sin duda el más célebre de la Europa medieval, que conquistó y supo administrar un gran imperio, al tiempo que patrocinó la reforma cultural más significativa de la Edad Media. Así pues, la *Vida de Carlomagno* está compuesta desde la consideración de que la acción individual del rey franco es el agente decisivo de los hechos que marcan el rumbo de la historia, y de ahí la imperiosa necesidad de que su vida quede recogida en un escrito.

El género biográfico, aunque esté estrechamente relacionado con la historiografía, se rige por unas reglas propias y goza de un margen más amplio de libertad, lo que lo aparta de la praxis histórica tradicional, sujeta a un mayor rigor y a una consideración mucho más general de los hechos[21]. Ello explica, por ejemplo, que la parte menos original de la *Vida de Carlomagno* sea la dedicada a narrar las actividades bélicas del rey franco. Podría decirse que Eginhardo casi se limita a resumir y simplificar sus fuentes históricas, en un afán de concisión que le lleva a cometer ciertos errores o a ser víctima de algunas confusiones que muchas veces obedecen a una lectura rápida de sus fuentes[22]. De hecho, aunque Eginhardo afirma, en el prefacio a la biografía, que va a hablar en buena medida de las hazañas bélicas del rey*,* éstas siempre quedan en un segundo plano, pues no logran despertar el interés o la atención del lector en la misma medida que el resto de la biografía*.* Ahora bien, en la ejecución de la obra, por influencia del esquema de las biografías de Suetonio, la actividad militar y las conquistas de Carlomagno van en primer lugar, como un largo epígrafe monumental.

En su prefacio de la *Vida de Carlomagno* Eginhardo expone con claridad la finalidad de la obra, así como ciertos motivos, de índole más personal, que le impulsaron a componerla. La idea que se repite a lo largo de todo el texto es la necesidad de que se escriba una obra que mantenga vivo el recuerdo «del más eminente, del mayor rey de esta época y sus insignes actos». El biógrafo quiere poner como modelo a sus contemporáneos, y en particular a los miembros de la familia imperial –inmersos por aquel entonces en los graves enfrentamientos por la sucesión–, la figura excepcional de un soberano al que describe como un dechado de múltiples virtudes que van siendo repetidamente mencionadas a lo largo de toda la obra: una extraordinaria habilidad militar y una acertada intuición política y diplomática, a las que cabe sumar una profunda fe y una admirable devoción cristiana, un noble amor por la cultura, una enorme generosidad y grandeza de espíritu junto con una inigualable tolerancia.

Esto es perfectamente explicable dado que, al margen de la profunda y sincera admiración que debía de sentir Eginhardo por Carlomagno, el afán enaltecedor es casi consustancial a este tipo de biografías y, en cualquier caso, el panegírico a Carlomagno es un tema recurrente de la literatura carolingia en todas sus manifestaciones. Este espíritu de la época le permite a Eginhardo, por ejemplo, apartarse sin ningún reparo de Suetonio, su modelo, en un aspecto: el biógrafo romano siempre reserva varios capítulos para describir los vicios y defectos del emperador en cuestión, lo que en la *Vida de Carlomagno* resulta inimaginable.

Eginhardo señala asimismo dos motivos de índole personal que le impulsaron y, casi se podría decir, le obligaron a escribir la obra. Uno es el agradecimiento y el afecto que profesaba al rey de los francos, su protector, con quien también, confiesa con orgullo, llegó a trabar lazos de amistad. El otro motivo es el conocimiento directo de los hechos que va a narrar, esto es, su condición de testigo ocular a la que apela como garantía de veracidad. Consciente de que ha tenido la inmensa suerte de haber vivido acontecimientos de

gran trascendencia histórica y, sobre todo, de haber conocido personalmente a Carlomagno, Eginhardo siente la imperiosa y natural necesidad de dar testimonio de todo ello. De ahí todos aquellos pasajes dedicados a la persona del rey que, dejando a un lado el catálogo de virtudes, parecen provenir de recuerdos personales de Eginhardo. Éstos quedan reflejados en la obra en forma de anécdotas y observaciones de gran interés, que conforman el verdadero retrato de Carlomagno. Algunos son simples detalles curiosos, como su gusto por los guisos asados y su aversión por los médicos, que le recomendaban hacer dieta (caps. 22 y 24), el horror que le inspiraba la embriaguez (cap. 24), su costumbre de dormir la siesta y el insomnio que padecía por las noches (cap. 24), su locuacidad (cap. 25), su temperamento emotivo (cap. 19), su gran afición por la equitación, la caza y la natación (cap. 22) y, finalmente, el gran afecto que le unía a sus amigos (cap. 19) y el amor a su familia (caps. 18 y 19), sobre todo a sus hijas, por las que sentía una predilección que, como señala sutilmente Eginhardo (cap. 19), no estaba exenta de un cierto egoísmo. Completan este retrato, además de la pormenorizada descripción física del rey (cap. 22), las numerosas observaciones que destacan su marcado patriotismo, como sus aficiones, su vestimenta (cap. 22) o su apego por su lengua materna (cap. 29), y, ante todo, sus inquietudes culturales: su dominio de la lengua latina (cap. 25), su interés por ser instruido en las artes liberales (cap. 25), sus conmovedores y frustrados esfuerzos por aprender a escribir correctamente (cap. 25) o su preocupación por la conservación y trasmisión de los antiguos poemas nacionales francos (cap. 29).

Es, pues, su condición de testigo privilegiado, junto con su gratitud hacia Carlomagno, lo que impulsó a Eginhardo a escribir la *Vita Karoli:* de hecho, no se advierte en el autor un deseo, o al menos no aparece éste expresado de forma manifiesta, de adquirir fama y gloria con su obra. Así, Eginhardo no menciona su nombre en un texto tan personal como es el prefacio y, en la propia biografía, no hay alusión alguna a su persona o a su actividad en la

corte, algo que no hubiera sido de extrañar, por ejemplo, en los pasajes dedicados a las obras arquitectónicas de Aquisgrán. De todas maneras, es muy posible que la omisión del nombre del autor esté estrechamente relacionada con toda la serie de tópicos que salpican el prefacio, como la confesión de que su talento no está a la altura de su empeño o de que constituye una osadía que un bárbaro como él escriba una obra en latín. Tal atrevimiento tiene, a ojos de Eginhardo, mucha menos importancia que su empeño en que el recuerdo de Carlomagno no «se desvanezca en las tinieblas del olvido», y en esta actitud no cabe dudar de la sinceridad del autor.

Fuentes

Como se ha apuntado antes, parece muy probable que Eginhardo se valiera de sus recuerdos personales sobre todo a la hora de escribir los pasajes de la *Vita Karoli* centrados en el retrato y la vida privada de Carlomagno. De hecho, nuestro autor vivió casi cuarenta años en Aquisgrán manteniendo una estrecha relación con el emperador y su familia. Por lo demás, tampoco le pudo faltar material informativo de otro tipo para componer su obra; como secretario de Ludovico Pío, es presumible que tuviera acceso a una documentación muy valiosa, como el testamento de Carlomagno o su correspondencia diplomática.

Para la parte de la biografía dedicada a la actividad militar, política y administrativa de Carlomagno, su principal fuente de datos lo constituyen los *Annales regni Francorum,* como lo confirman los numerosos paralelos textuales entre ambas obras. Eginhardo los conoció en su forma primitiva y en la versión refundida, siendo esta última, como determinó L. Halphen, la que utilizó con preferencia, debido seguramente a que es una versión más completa y está escrita en un latín más correcto. En lo que respecta a la decadencia de los merovingios y, en general, a los inicios de la dinastía carolingia, se basó preferentemente en la obra de Pablo Diácono

Gesta episcoporum Mettensibus, es decir, una historia diocesana de Metz, y seguramente también en las crónicas merovingias de los continuadores de Fredegario[23]. Estas obras, sin embargo, fueron utilizadas en menor medida que los anales antes citados, cuya presencia es constante en casi toda la biografía.

Estructura y contenido de la obra: el modelo suetoniano

En el siglo IX el texto del *De vita Caesarum* de Suetonio se conservaba en un único manuscrito, hoy perdido, que se encontraba en la biblioteca del monasterio de Fulda. Tenemos noticia de este manuscrito por una epístola del año 844 cuyo autor es Lupo de Ferrières; en ella pide que le sea enviado el códice, aunque parece que sólo pudo conseguir una copia del mismo, que tampoco se nos ha conservado[24]. En cualquier caso, todos los manuscritos de la obra de Suetonio que han llegado hasta nuestros días derivan, directa o indirectamente, de este códice perdido que Lupo deseaba tener en sus manos[25]. No resulta descabellado suponer que, unos años antes, Eginhardo hubiera tenido la suerte que en parte se le negó al abad de Ferrières, pues parece natural que en el monasterio de Fulda, donde nuestro autor se educó de joven, hubiera podido manejar este importante y único manuscrito de las biografías de Suetonio.

Más allá de todas estas suposiciones, de lo que no cabe duda es del profundo conocimiento que tenía Eginhardo de las biografías de Suetonio, un conocimiento que sólo puede obedecer a una lectura atenta, asidua y minuciosa del texto. Para la composición de la *Vida de Carlomagno* Eginhardo tomó como modelo las biografías suetonianas, especialmente la de Augusto, no sólo en lo que respecta a la lengua, un tipo de *imitatio* léxica muy frecuente en la Edad Media, sino también, y ante todo, en lo que atañe a la estructura o el esquema de su obra. Como ya se ha señalado antes, la elección de este modelo es perfectamente explicable habida

cuenta del tipo de biografía que se propuso escribir Eginhardo y su empeño en equiparar a Carlomagno con los Césares de Roma. Así, la obra de Suetonio se ajustaba muy adecuadamente a sus aspiraciones. A ello cabe sumar también, en una consideración más general, el ambiente de restauración cultural en que se formó Eginhardo, en el que la imitación de los clásicos, concebidos como modelos literarios, aumentaba el prestigio de una obra, al tiempo que con toda probabilidad la enriquecía en su forma y contenido. También se puede observar en la obra de Eginhardo una cierta influencia de la lengua y estilo de Cicerón, el único autor clásico citado expresamente por nuestro biógrafo en su prefacio a la *Vida de Carlomagno,* si bien su peso no es ni mucho menos comparable al que tiene la obra suetoniana[26].

Conviene comparar primero la estructura de las biografías suetonianas con la de la *Vita Karoli.* Las vidas de los Césares siguen, más o menos, un esquema similar: tratan aspectos comunes en todas ellas y, además, los presentan en un orden parecido. Así, acostumbran a empezar hablando de la familia y antepasados del emperador en cuestión, después narran su nacimiento, infancia y adolescencia. Seguidamente, pasan a la vida oficial, insistiendo en la actividad militar y la política exterior, y se detienen después en las obras públicas que se realizaron bajo su mandato. A continuación, las biografías tratan el retrato físico y psicológico del emperador, así como su vida privada y costumbres. Acaban generalmente con la muerte del emperador, los presagios que la anunciaron y los funerales[27]. Esta forma expositiva, no basada en un orden cronológico, es la narración *per species,* es decir, «por temas», como señala el propio Suetonio en su obra[28].

Eginhardo expone en el capítulo cuarto el plan de su obra. Tras advertir que va a omitir todo lo referente al nacimiento, infancia y adolescencia de Carlomagno, indica qué aspectos va a tratar y en qué orden: empezará por la política interior y exterior, después se referirá a las costumbres y aficiones del rey de los francos, para acabar con la administración del reino y su muerte. He aquí una

relación más detallada de los aspectos que trata la *Vida de Carlomagno:*

- Prefacio.
- Caída de los merovingios y ascenso de los carolingios: los reyes holgazanes (cap. 1); Carlos Martel y sus hijos (cap. 2); Pipino el Breve y sus hijos (cap. 3).
- Plan de la obra (cap. 4).
- Actividad militar y conquistas de Carlomagno: guerra de Aquitania (cap. 5); guerra contra los longobardos (cap. 6); guerra contra los sajones (caps. 7 y 8); expedición en Hispania y emboscada de Roncesvalles (cap. 9); guerra contra los bretones y beneventanos (cap. 10); guerra de Baviera (cap. 11); guerra contra los welátabos (cap. 12); guerra contra los ávaros (cap. 13); guerra contra los daneses (cap. 14).
- Delimitación del imperio franco (cap. 15).
- Relaciones exteriores (cap. 16).
- Obras públicas y defensa marítima (cap. 17).
- Retrato, vida privada y costumbres de Carlomagno: familia y amigos (caps. 18 y 19); conspiraciones (cap. 20); relaciones con los extranjeros (cap. 21); retrato físico (cap. 22); indumentaria (cap. 23); costumbres (cap. 24); intereses culturales (cap. 25); sentimientos religiosos (cap. 26); obras de caridad y donaciones (cap. 27).
- Coronación (cap. 28).
- Reformas legislativas y culturales (cap. 29).
- Fin de Carlomagno: coronación de Ludovico Pío y muerte de Carlomagno (cap. 30); su entierro y su epitafio (cap. 31); presagios de su muerte (cap. 32); repartición de sus bienes (cap. 33).

Eginhardo siguió ciertamente el esquema básico de las biografías de los Césares de Suetonio. Con todo, se pueden hacer algunas

observaciones al respecto. En primer lugar, hay que señalar que se han perdido los capítulos iniciales de la obra de Suetonio; ahora bien, lo que, al parecer, se trataba en ellos difiere totalmente del prefacio de tono tan personal que escribió Eginhardo para la *Vita Karoli*[29]. Por otra parte, los tres primeros capítulos de la biografía de Carlomagno podrían corresponderse bastante bien con la parte que Suetonio dedica a los antepasados y familia de cada emperador. Pero este paralelismo inicial se rompe inmediatamente, dado que Eginhardo omite la parte que va desde el nacimiento hasta la madurez de Carlomagno, al que presenta ya como rey y en plenas conquistas. En cambio, se observa una gran correspondencia entre ambos biógrafos en lo que se refiere al orden de los pasajes dedicados a las guerras, política exterior, obras públicas y defensa. Lo mismo podría decirse respecto a la vida privada y al retrato del biografiado, con la salvedad, a la que antes ya se ha hecho alusión, de la omisión por parte de Eginhardo de unos pasajes reservados a los vicios del emperador. Finalmente, otra peculiaridad de la *Vita Karoli* que la aleja de su modelo responde a las muy particulares circunstancias históricas de lo que está relatando: se trata del capítulo en el que se narra la coronación de Carlomagno (cap. 28), situado en un punto del relato –entre la parte dedicada al retrato, vida privada y costumbres del rey y la que narra su muerte– que podría parecer poco adecuado. Ello tal vez responda a una voluntad de Eginhardo de no incluir un asunto al parecer harto delicado, como lo fue la coronación, en los pasajes dedicados a la carrera política de Carlomagno[30].

En toda la obra, pero en mayor medida en los capítulos dedicados al retrato, vida privada y costumbres de Carlomagno, se pueden advertir numerosos paralelismos textuales con la obra de Suetonio. Frases, expresiones y giros lingüísticos del *De vita Caesarum* son incorporados a la biografía de Carlomagno, unas veces de forma prácticamente literal, otras veces modificados y adaptados a conveniencia del autor. Uno de los más importantes investigadores de la obra de Eginhardo, L. Halphen, llegó a

considerar que esto restaba valor a la *Vita Karoli* no sólo como obra literaria sino también como documento histórico[31]. Desde esta consideración, incluso podría resultar chocante, por ejemplo, el retrato físico de Carlomagno, pues en él Eginhardo utiliza numerosas expresiones de las biografías de Suetonio, y lo mismo cabría decir de la descripción de las costumbres del rey franco, que parecería una mera adaptación de las de Augusto en particular[32]. Ahora bien, la utilización del modelo romano no implica necesariamente una deformación del retrato. El que la *Vita Karoli* ofrece de Carlomagno se muestra claramente definido y parece tener personalidad propia, algo que se desprende sobre todo de aquellas anécdotas y observaciones sobre el rey franco que parecen provenir de recuerdos personales de Eginhardo. Incluso cabe suponer que el retrato se ajusta en buena medida a la realidad. De hecho, si la *Vida de Carlomagno* –compuesta unos quince años como mínimo tras la muerte del rey franco y por un autor tan cercano a él– ofreciera una imagen falseada y deformada de Carlomagno, al margen de todo el formulismo y la hipérbole que se espera del panegírico, habría sido descalificada sin duda por sus contemporáneos.

Suetonio fue, evidentemente, el modelo de Eginhardo porque, ante todo, éste halló en la obra del escritor romano el método, la manera y los medios para describir la vida, los hechos y las costumbres del monarca carolingio. Eginhardo recoge en la *Vita Karoli* aspectos formales y estilísticos del *De vita Caesarum,* pero con una habilidad tal que el estilo suetoniano parece haber sido asimilado con toda naturalidad y sin artificio alguno.

El capítulo noveno de la *Vida de Carlomagno*

Este capítulo, que narra la derrota que, en el año 778, sufrió la retaguardia franca en el desfiladero de Roncesvalles, merece una consideración especial por varias razones. Por una parte, Eginhardo se entretiene en relatar el suceso detalladamente, como no lo hace

en ningún otro pasaje dedicado a las actividades bélicas de los francos. Además, en este capítulo se hace mención de un personaje histórico al que cabe identificar con Roldán, el héroe de los cantares de gesta.

La primera referencia a la emboscada de Roncesvalles se puede hallar en la versión refundida de los *Annales regni Francorum,* aquella que Eginhardo siguió para la composición de su obra[33]. El refundidor, al tratar la expedición de Hispania, consignó una derrota a la que no se había hecho alusión en ninguna redacción anterior, e incluso se detuvo a describirla[34]. Y Eginhardo trató más extensamente aún el suceso, lo que resulta sorprendente ya que no se aviene con el tono triunfante de la obra insistir en este revés infligido al ejército franco. El carácter excepcional de este capítulo noveno se hace evidente si se lo compara con el conjunto de la biografía. Por ejemplo, en la *Vida de Carlomagno* se narran diez guerras que sostuvo el rey franco; el relato de la expedición franca a Hispania, que sólo duró cuatro meses, es más extenso que el de las otras guerras, a excepción de la de Sajonia. Por otra parte, en estos capítulos bélicos, Eginhardo explica sintéticamente el desarrollo y el resultado de cada guerra, pero, en la de Hispania, omite las campañas y las acciones que dieron por resultado la ocupación de Gerona en el año 785, la conquista de Barcelona en el 801, la sumisión de Pamplona en el 806 y otros triunfos militares de Carlomagno en Hispania; en cambio, relata detalladamente la emboscada de los Pirineos, una derrota que casi esperaríamos que hubiera omitido, dado el carácter encomiástico de la obra[35].

Así, es presumible que Eginhardo se propusiera narrar de manera más pormenorizada la emboscada de Roncesvalles con una intención muy precisa, seguramente para justificar la derrota de los francos. De hecho, el capítulo noveno comienza dando noticia de los éxitos de la expedición franca a Hispania de manera muy sintética, como si de una enumeración se tratara:

> ... atacó Hispania con el mayor contingente bélico de que dispuso. Atravesó el desfiladero de los Pirineos, aceptó la rendición de todas las fortalezas y

castillos que asaltó...

Y lo que resulta realmente curioso es el modo de introducir el relato de la emboscada:

> ... y volvió con el ejército sano y salvo si se exceptúa que, a su regreso, tuvo ocasión de experimentar de repente la perfidia vascona en las mismas cumbres de los Pirineos...

A partir de este momento, el capítulo está exclusivamente dedicado a narrar el suceso. Lo que en un principio podía parecer una mera alusión a un hecho sin importancia se convierte en una narración de características inusuales en la biografía. En este sentido baste señalar que en el capítulo sexto Eginhardo advierte que no puede entretenerse en el relato del paso del ejército franco por los Alpes, pues no es su propósito dar a conocer los detalles de las guerras que sostuvo Carlomagno. Ello no obstante, tres capítulos después, ofrece una descripción de la batalla de Roncesvalles, cuyos detalles inciden en su totalidad en la inferioridad de condiciones del ejército franco frente a los vascones. Así, se detiene en ciertos pormenores de los que no da cuenta en ninguna otra guerra narrada en la obra, como son la descripción de la situación y del lugar, para destacar la expuesta posición de las tropas de Carlomagno:

> ... cuando el ejército avanzaba en larga columna, a lo que obligaba el desfiladero, los vascones, emboscados en lo alto de los montes –pues éste es un lugar idóneo para preparar emboscadas dada la espesura de sus numerosos bosques...

O la insistencia que hace en la pesadez del armamento de los francos y el lugar desfavorable que ocupaban en el campo de batalla, frente a la ligereza del de los asaltantes y su rápida huida:

> ... se dispersaron con gran rapidez al amparo de la noche que ya empezaba a caer. En este caso favorecía a los vascones la ligereza de su armamento y la disposición del terreno en el que la batalla tuvo lugar; a los francos, por el contrario, la pesadez de su armamento y la irregularidad del terreno los dejaron en situación de total inferioridad frente a los vascones. [...] Y ni siquiera se

pudo vengar sobre el terreno este revés porque el enemigo, al acabar el combate, se dispersó tan rápidamente que no hubo manera de saber dónde ir a buscarlo.

En la *Vida de Carlomagno* tampoco se suele hacer alusión a los combatientes que perecieron en una batalla, por lo que también este aspecto distingue al capítulo noveno del resto de la obra. Mientras que los anales sólo señalan que en Roncesvalles perecieron muchos próceres francos, Eginhardo especifica quiénes eran éstos, Egihardo, Anselmo y Roldán, mención ésta cuya fuente se desconoce[36]. Así, gracias a este pasaje se ha podido identificar al personaje histórico citado por Eginhardo como *Hruodlandus Brittanici limitis praefectus* (Roldán, prefecto de la marca de Bretaña) con Roldán, el héroe de los cantares de gesta. Es necesario señalar, en lo que respecta precisamente a esta mención, que existe un problema en la tradición manuscrita de la *Vita Karoli,* pues parte de la misma la omite[37], lo que ha generado un intenso debate, sobre todo por parte de los romanistas[38]. Sin embargo, hoy nadie parece poner en duda que Eginhardo nombrara a Roldán, pues la mención al mismo acaba figurando en las ediciones modernas. Se mantiene, pues, el argumento principal que se aduce a favor de la historicidad de Roldán y de su muerte en la batalla de Roncesvalles.

Esta edición de la *Vida de Carlomagno* de Eginhardo constituye una revisión y actualización de la publicada en 1999 por la editorial Gredos, dentro de la extinta colección *Clásicos medievales*. Se han revisado la introducción, la traducción y las notas aportando ciertos cambios. Algunos obedecen a la obligada incorporación de los trabajos sobre la obra de Eginhardo aparecidos con posterioridad al año 1999; otros se deben a la voluntad de facilitar y de mejorar la lectura del texto. La traducción que aquí se ofrece está basada en el texto latino de la edición de L. Halphen, *Éginhard. Vie de Charlemagne,* 4.ª ed., París, Les Belles Lettres, 1967.

1. PL 89, 929.

2. Son principalmente *De litteris colendis* y *Admonitio generalis* (MGH, cap. I, n. 29, 78-79, y MGH *Fontes iuris* 16). Véase McKitterick, 1989.

3. El nombre germano *Einhart* aparece latinizado en las formas *Einhartus* o *Einhardus;* la variante *Eginhardus,* aunque más tardía, es la que ha acabado dando la forma tradicional de designar a nuestro autor.

4. Véase el capítulo 19.

5. Véase Hoyo-Gazapo, 1997: 71.

6. Véase Faral, 1932: 34.

7. *Éxodo* 31, 2 ss.; 35, 30 ss.; 36, 1 ss.

8. En una de sus poesías *(carmen* 25), Teodulfo de Orleans señala que Eginhardo y otros dos miembros de la corte, Ercambaldo y Osulfo, son tan bajos que los tres podrían servir de patas de una mesa. Véase A. Riquer, 1994: 192-193.

9. Poema 30 (MGH, PLAC I: 248).

10. Poema 25 (MGH, PLAC I: 487). Walafredo Estrabón, en una composición inserta en un poema suyo y que lleva precisamente por título *De Einharto Magno* (poema 23, MGH, PLAC II: 377), abunda en la misma idea.

11. Véase el capítulo 19.

12. Sobre la leyenda y su tradición literaria posterior, véase Frenzel, 1976: 140-141.

13. El nombramiento de abades de los monasterios reales era competencia del soberano, que recompensaba con este cargo a amigos, servidores, parientes, obispos o clérigos. Ello no excluía la designación de un laico, como en el caso de Eginhardo o de Angilberto; véase Paul, 1988: 51-52 y 148-149.

14. El futuro emperador Carlos el Calvo.

15. Poema 85 (MGH, PLAC II: 237-238).

16. Véase Chiesa, 2014: xv.

17. Véase Chiesa, 2014: xiv-xv.

18. Sobre el carácter modélico de la correspondencia, véase Riché, 1989: 256-257.

19. Véase Chiesa, 2014: xv-xvi.

20. Véanse Chiesa, 2014: li-liv; Sot-Veyrard-Cosme, 2015: xxiii-xxxi.

21. Una magnífica reflexión sobre la biografía y su relación con la historiografía se puede leer en García Gual, 1991.

22. En esto hace gran insistencia Halphen, 1967, sobre todo en las notas a su traducción de la obra. En este sentido, véase la réplica de Ganshof, 1951.

23. Véase Sot-Veyrard-Cosme, 2015: xxxi-xxxii y xxxvi-xxxviii.

24. Es la epístola 35 de la edición de Levillain, 1927.

25. Véase Kaster, 2016: vi-x.

26. Véanse Townend, 1967; Chiesa, 2014: xxiv-xliv; Sot-Veyrard-Cosme, 2015: xxxi-xxxvi.

27. Véase Castro, 2018: 42-47.

28. En *Augusto,* 9, 1.

29. Así lo considera Townend, 1967: 105-196, a diferencia de la opinión que sostenía Halphen, 1967: 3.

30. El tono en el que tan escuetamente se narra la coronación es comedido, e incluso frío, si se compara con la calidez y el entusiasmo que caracterizan la obra. En este capítulo 28 se hace mención, además, del descontento de Carlomagno ante su propia coronación. En este sentido, resulta también muy curioso que Eginhardo siempre denomine a Carlomagno *rex* y nunca *imperator.*

31. Halphen, 1967: xi-xiii.

32. Véanse Meyers, 2001; Chiesa, 2014: 101-102.

33. En los anales más antiguos no se hace ninguna alusión al suceso. Incluso algunos de ellos –los de Lorsch y de Moissac– señalan que Carlomagno regresó con éxito de su expedición a Hispania tras haber subyugado a los vascones. Véase Menéndez Pidal, 1959: 171-180 y 256-257.

34. Doy una traducción: «... entró en el desfiladero de los Pirineos. Los vascones, emboscados en las cumbres, asaltan la retaguardia y trastornan el ejército entero con una violenta incursión. Y aunque los francos parecían aventajar a los

vascones tanto en armas como en valor, la irregularidad del terreno y una lucha desigual los dejaron en situación de inferioridad. En esta batalla perecieron muchos próceres de la corte a los que el rey había puesto al frente de las tropas, los bagajes fueron saqueados y el enemigo, gracias a su buen conocimiento del lugar, se dispersó inmediatamente en diversas direcciones» (MGH SS RR Germ. VI: 51).

35. Se han señalado algunas reminiscencias de pasajes de autores clásicos, como César, Virgilio o Tácito, en la descripción que hace Eginhardo de la batalla (Glenn, 2001; McKitterick, 2008: 17-20), así como un interesante paralelo entre la derrota de la retaguardia franca y la que sufrió el ejército romano en el bosque de Teotoburgo, narrada por Suetonio en *Augusto* 24 (Torregaray Pagola, 2001-2002).

36. Menéndez Pidal, 1959: 262. De hecho, el estudio de Menéndez Pidal quiere demostrar la existencia de unos relatos muy antiguos sobre el suceso de Roncesvalles, que no guardarían relación alguna con los anales y que podrían haber sido la fuente de la versión de Eginhardo.

37. Chiesa, 2014: 82-83; Sot-Veyrard-Cosme, 2015: xc-xcii.

38. Véanse M. Riquer, 1957: 17; Menéndez Pidal, 1959: 267-270; Aebischer, 1972: 93-145; Horrent, 1972; Lejeune, 1979; Roncaglia, 1986.

Bibliografía

Ediciones y traducciones de la *Vita Karoli*

(1911), G. H. Pertz, G. Waitz y O. Holder-Egger, *Einhardi Vita Karoli Magni, MGH, SRG in usum scholarum* XXV, 6.ª ed., Hannover, Hahnsche Buchhandlung (reimpr., 1965).

(1967), L. Halphen, *Éginhard. Vie de Charlemagne,* París, Les Belles Lettres (1.ª ed., 1938).

(1969), L. Thorpe, *Einhard and Notker the Stammerer. Two lives of Charlemagne,* Bungay, Penguin Classics.

(1970), C. A. Rapisarda, *Eginardo. Vita dell'imperatore Carlo Magno,* Catania, Universita Edizioni Orpheus (1.ª ed., 1963).

(1981), E. S. Firchow, *Einhard. Vita Karoli Magni. Das Leben Karls des Grossen,* Stuttgart, Philipp Reclam (1.ª ed., 1975).

(1986), A. Riquer, *Eginhardo. Vida de Carlomagno,* Barcelona, PPU.

(1993), G. Carazzali, *Eginardo. Vita di Cario Magno,* Milán, Bompiani.

(1999), A. Riquer, *Eginhardo. Vida de Carlomagno,* Madrid, Gredos.

(2006), V. Marucci, *Eginardo. Vita di Carlo Magno* (pref. C. Leonardi), Roma, Salerno.

(2009), T. F. X. Noble, *Charlemagne and Louis the Pious. The lives by Einhard, Notker, Ermoldus, Thegan and the Astronomer,* Pennsylvania, The Pennsylvania State University Press.

(2014), P. Chiesa *et alii, Vita Karoli: Personalità e imprese di un re grandissimo e di meritatissima fama,* Florencia, Edizioni del Galuzzo.

(2015), M. Sot, C. Veyrard-Cosme *et alii, Éginhard. Vie de Charlemagne,* París, Les Belles Lettres.

Bibliografia selecta

AEBISCHER, P. (1972), *Préhistoire et protohistoire du Roland d'Oxford,* Berna, A. Francke.
BRUNHOLZL, F. (1991), *Histoire de la littérature latine du Moyen Âge: I. De Cassiodore à la fin de la Renaissance carolingienne,* vol. II, Turnhout, Brepols.
CARRERA AIROLA, L. (2017), «Carlomagno y la construcción de su memoria a partir de la *Vita Karoli* de Eginhardo», *Revista Historias del Orbis Terrarum. Anejos de Estudios Clásicos, Medievales y Renacentistas,* vol. 13, Santiago, pp. 1-19.
CASTRO DE CASTRO, D. (2018), *Suetonio. Vida de los Césares,* Madrid, Alianza Editorial (1.ª ed., 2010).
FARAL, E. (1932), *Ermold le Noir. Poème sur Louis le Pieux et épitres au roi Pépin,* París, Les Belles Lettres.
FOLZ, R. (1989), *Le couronnement impérial de Charlemagne. 25 décembre 800,* ed. rev., París, Éditions Gallimard.
FRENZEL, E. (1976), *Diccionario de argumentos de la literatura universal,* Madrid, Gredos.
GANSHOF, F. L. (1951), «Éginhard, biographe de Charlemagne», *Bulletin d'Humanisme et Renaissance,* 13, pp. 217-231.
GARCÍA GUAL, C. (1991), «De la historia crítica a la biografía novelesca», *Figuras helénicas y géneros literarios,* Madrid, Mondadori, pp. 138-148.
GLENN, J. (2001), «Echoes of *Aeneid* 11 in Einhard's *Vita Karoli Magni* 9», *The Classical World,* vol. 94, n.º 2, pp. 179-182.
HALPHEN, L. (1921), *Études critiques sur l'histoire de Charlemagne,* París, Librairie Félix Alcan.
– (1955), *Carlomagno y el imperio carolingio,* México, Unión Tipográfica Editorial Hispano Americana.
HORRENT, J. (1972), «La bataille des Pyrénées de 778», *Le Moyen Âge,* 58, pp. 197-227.
HOYO, J. del, y GAZAPO, B. (1997), *Anales del Imperio carolingio. Años 800-843,* Madrid, Akal.
KASTER, R. A. (2016), *C. Suetoni Tranquilli: De Vita Caesarum Libros VIII et De Grammaticis et Rhetoribus Librum,* Oxford-Nueva York, University Press.

LEHMANN, P. (1959), «Das literalische Bild Karls des Grossen vornehmlich im lateinischen Schrifttum des Mittelalters» (1934), *Erforschung des Mittelalters, Ausgewählte Abhandlungen und Aufsätze,* vol. I, Stuttgart, Anton Hiersemann, pp. 154-206.
LEJEUNE, R. (1979), «Le héros Roland, mythe ou personnage historique?», *Bulletin de la Classe des Lettres et Sciences morales et politiques,* 65, pp. 145-165.
LEONARDI, C. (2004), «I racconti di Eginardo», *Medioevo latino. La cultura dell'Europa cristiana,* Florencia, Edizioni del Galuzzo, pp. 249-274.
LEVILLAIN, L. (1927), *Loup de Ferrières. Correspondance,* París, Les Belles Lettres.
MCKITTERICK, R. (1989), *The Carolingians and the Written Word,* Cambridge University Press.
– (2008), *Charlemagne. The Formation of a European Identity,* Cambridge University Press.
MENÉNDEZ PIDAL, R. (1959), *La Chanson de Roland y el neotradicionalismo,* Madrid, Espasa-Calpe.
MEYERS, J. (2001), «Éginhard et Suétone. À propos des chapitres 18 à 27 de la *Vita Karoli», Les historiens et le latin médiéval,* París, pp. 129-150.
PAUL, J. (1988), *La Iglesia y la cultura de Occidente (siglos IX-XII),* 2 vols., Barcelona, Labor.
RICHÉ, P. (1973), *La vie quotidienne dans l'empire carolingien,* París, Hachette.
– (1982), *Les carolingiens. Une famille qui fit l'Europe,* París, Hachette.
– (1989), *Écoles et enseignement dans le Haut Moyen Âge. Fin du V^e^ siècle-milieu du XI^e^ siècle,* 2.ª ed., París, Picard.
RIQUER, A. (1994), *Teodulfo de Orleans y la epístola poética en la literatura carolingia,* Barcelona, Real Academia de Buenas Letras.
RIQUER, M. (1957), *Les Chansons de geste françaises,* 2.ª ed., París, Nizet.
RONCAGLIA, A. (1986), «Roland e il peccato di Carlomagno», *Symposium in honorem prof. M. de Riquer,* Barcelona, Quaderns

Crema, pp. 315-347.
TORREGARAY PAGOLA, E. (2001-2002), «Eginhardo, Suetonio y la perfidia de los vascones», *Veleia,* pp. 429-451.
TOWNEND, G. B. (1967), «Suetonius and his Influence», *Latin Biography,* Londres, Routledge & Kegan Paul, pp. 79-111.
VINAY, G. (1978), «Il caso di Eginardo», *Alto Medioevo Latino. Conversazioni e no,* Nápoles, Guida Editori, pp. 297-318.

Siglas y abreviaturas

PL	Patrologia Latina.
MGH	Monumenta Germaniae Historica.
MGH SS	Scriptores in folio.
MGH SS RR Germ.	Scriptores rerum Germanicarum in usum scholarum.
MGH PLAC	Poetae Latini Aevi Carolini.
MGH Fontes iuris	Fontes iuris Germanici antiqui in usum scholarum.

Cronología

482 Inicio del reinado de Clodoveo y de la dinastía merovingia.

711 Invasión musulmana de Hispania.

714 Muerte de Pipino de Heristal, mayordomo de palacio de Austrasia, Neustria y Borgoña.

719 Carlos Martel, mayordomo de palacio de Austrasia y Neustria.

732 Victoria de Carlos Martel en la batalla de Poitiers; se detiene la expansión árabe en Europa occidental.

737 Batalla del río Berra.

741 Muerte de Carlos Martel. Pipino el Breve, mayordomo de palacio de Neustria. Carlomán (hermano de Pipino el Breve), mayordomo de palacio de Austrasia. Zacarías es elegido papa.

743 Childerico III, rey de los francos.

747 Abdicación de Carlomán (hermano de Pipino el Breve). Pipino el Breve, único mayordomo de palacio.

751 Destronamiento de Childerico III. Pipino el Breve, rey de los francos: se inicia la dinastía carolingia.

752 Esteban II es elegido papa.

754 Consagración de Pipino el Breve como rey. Muerte de Carlomán (hermano de Pipino el Breve).

754-756 Guerra contra los longobardos.

756 Desiderio, rey de los longobardos. Intervención de Pipino el Breve en Italia: fundación de los Estados Pontificios.

760-768 Guerra de Aquitania.

768 Muerte de Pipino el Breve. Reparto de los territorios francos entre

Carlomagno y su hermano Carlomán. Muerte de Waifredo, duque de Aquitania.

769 Rebelión de Hunoldo en Aquitania.

771 Muerte de Carlomán (hermano de Carlomagno). Carlomagno, único rey de los francos.

772 Inicio de las campañas contra los sajones. Adriano I es elegido papa.

773 Guerra contra los longobardos.

774 Conquista del norte de Italia. Carlomagno, rey de los longobardos. Muerte de Lupo, duque de los vascones.

776 Rebelión de Rodgauso, duque de Friul.

778 Expedición a Hispania. Batalla de Roncesvalles.

781 Pipino (hijo de Carlomagno), rey de Italia. Ludovico Pío, rey de Aquitania.

782 Alcuino en la corte franca.

783 Batallas de Detmold y del río Haase.

786 Expedición contra los bretones. Invasión del Benevento. Harún al-Raschid, califa de Bagdad.

787 Segundo Concilio de Nicea.

788 Destitución de Tasilón, duque de Baviera.

789 Expedición contra los eslavos.

791 Inicio de la guerra contra los ávaros. Alfonso II el Casto, rey de Asturias.

792 Rebelión de Pipino el Jorobado.

795 León III es elegido papa.

796 Sumisión de los ávaros. Retiro de Alcuino en San Martín de Tours.

797 Irene, emperatriz de Bizancio.

799 Expedición contra los bretones.

800 Coronación imperial de Carlomagno en Roma.

802 Nicéforo I, emperador de Bizancio.

804 Fin de las campañas contra los sajones. Muerte de Alcuino.

805 Guerra contra los bohemios.

808 Guerra contra los linones.

810 Muerte de Pipino, rey de Italia (hijo de Carlomagno). Muerte de Godofredo, rey de los daneses.

811 Muerte de Carlos el Joven (hijo de Carlomagno). Expedición contra los bretones. Guerra contra los linones. Miguel I, emperador de Bizancio.

813 Carlomagno nombra a Ludovico Pío su sucesor. León V, emperador de Bizancio.

814 Muerte de Carlomagno.

817 Ludovico Pío establece el reparto del imperio entre sus herederos y otorga el título imperial a Lotario.

823 Nacimiento de Carlos el Calvo.

829 Nuevo reparto del imperio por Ludovico Pío.

830 Rebelión de Lotario.

ca. 830 Retiro de Eginhardo en Seligenstadt.

831 Nuevo reparto del imperio por Ludovico Pío.

833 Nueva rebelión de Lotario. Destronamiento de Ludovico Pío.

835 Restitución del trono a Ludovico Pío.

837 Nuevo reparto del imperio por Ludovico Pío.

839 Nuevo reparto del imperio por Ludovico Pío.

840 Muerte de Eginhardo. Muerte de Ludovico Pío.

841 Batalla de Fontenoy.

842 Juramentos de Estrasburgo.

843 Tratado de Verdún: división del imperio carolingio.

Vida de Carlomagno

Prólogo de Walafredo Estrabón[39]

La siguiente narración sobre la vida y la obra de Carlomagno, el muy glorioso emperador, la escribió, como es sabido, Eginhardo, uno de los palatinos más dignos de elogio de su época, tanto por su erudición como por su carácter irreprochable; además, como presenció casi todos los acontecimientos que narra, ha aportado aquí el valioso testimonio de la más pura verdad.

Nacido en la parte oriental del territorio franco, en la comarca llamada Maingau, recibió de niño los rudimentos de su formación en el monasterio de Fulda, en la escuela fundada por el santo mártir Bonifacio. Después, su talento excepcional y su inteligencia, que ya entonces daba buena muestra de la sabiduría que luego le distinguió, y no tanto su nobleza, que era ilustre, llevaron a Baugolfo, abad del citado monasterio[40], a enviarlo al palacio de Carlos. De todos los reyes, éste era el que con más afán se dedicaba a buscar hombres sabios y a proporcionarles los medios para que se pudieran entregar cómodamente a sus estudios. Y así, con el nuevo esplendor de la ciencia entera, hasta entonces ignorada en parte por este pueblo bárbaro, Carlos logró que todo su reino, que había recibido de Dios todavía envuelto en brumas y, por así decirlo, casi ciego, se convirtiera en un lugar luminoso y de clara visión gracias a la luz divina. Ahora, en cambio, con la vuelta a la decadencia de los estudios, la luz de la sabiduría, menos apreciada, se va extinguiendo en muchos hombres[41].

Así pues, este hombrecillo, al que su baja estatura le hacía parecer insignificante[42], se granjeó, en la corte de Carlos, protector del saber, tanta fama por su buen juicio y rectitud que entre todos los servidores de su regia Majestad no hubo prácticamente ningún otro a quien el rey, el más poderoso y el más sabio de su tiempo, le

confiara un mayor número de secretos de su vida privada. Y fue digno de ello, pues no sólo en tiempos del propio Carlos, sino que incluso –lo que resulta más sorprendente– siendo emperador Ludovico, cuando el estado franco se tambaleaba entre tantas y tan diversas dificultades y amenazaba con derrumbarse, Eginhardo, gracias a un admirable sentido del equilibrio, sin duda de inspiración divina, se cuidó, con la ayuda de Dios, de no perder nunca su gran reputación, algo que a muchos procuró envidias y odios, y de no caer en peligros irremediables.

Señalo esto para que nadie ponga en duda lo que narra Eginhardo, teniendo en cuenta que debe a su querido protector un elogio especial y a su curioso lector la verdad transparente.

A este opúsculo, yo, Estrabón, le he puesto los títulos y lo he dividido en los capítulos que me han parecido convenientes para hacer más claro y fácil el acceso a cada asunto en particular a quienquiera consultar algo de su interés[43].

---

39. Walafredo Estrabón *(ca.* 809-849) se formó en el monasterio de Reichenau y, después, en el de Fulda como alumno de Rabano Mauro. Fue el preceptor de Carlos el Calvo, hijo de Ludovico Pío, en cuya corte conoció a Eginhardo. En el año 838 fue nombrado abad de Reichenau, cargo que se vio obligado a abandonar durante los enfrentamientos que estallaron, tras la muerte de Ludovico Pío (en el 840), entre sus descendientes. En el año 842 Estrabón pudo reincorporarse a Reichenau.

40. Baugolfo fue abad de Fulda desde el año 779 hasta el 802.

41. Parece un tanto exagerada esta consideración de la decadencia de los estudios. Si bien Ludovico Pío distaba mucho de representar para la cultura lo que había sido Carlomagno, no se puede hablar en absoluto de un declive intelectual durante su reinado (véase Riché, 1989: 76-77). La contundente y pesimista afirmación de Walafredo Estrabón tal vez responda a una apreciación personal, condicionada por las desafortunadas circunstancias personales, derivadas de los conflictos políticos de la época, a las que antes se ha aludido. El prólogo de Estrabón parece que fue compuesto entre los años 840 y 849.

42. Véase el apartado «Eginhardo» de la introducción.

43. Tras este prólogo, Walafredo Estrabón reprodujo el texto de la *Vita Karoli* dividiéndolo, por primera vez, en capítulos que llevaban cada uno su título particular. Esta división no es la que presentan las ediciones modernas del texto y que aquí ofrecemos.

Vida de Carlomagno

Prefacio

Habiéndome propuesto escribir sobre la vida, las costumbres y, en buena medida, la obra de Carlos, mi señor y protector, rey tan insigne y de fama tan merecida, lo he hecho de la forma más breve que me ha sido posible. He procurado no omitir nada de lo que ha podido llegar a mi conocimiento y no cansar, con una larga narración, el espíritu de quienes desdeñan toda novedad, si es que de algún modo se puede evitar que un nuevo escrito canse a los que desdeñan incluso las antiguas obras de los más sabios y disertos autores.

Estoy seguro de que muchos de los que dedican su tiempo libre a la literatura piensan que la época actual no merece ser despreciada hasta el punto de dejar en el silencio y en el olvido más absolutos todo lo que sucede hoy, como si no fuera digno de ser recordado; más de uno, movido por el deseo de pervivir, está dispuesto a introducir en sus obras, sean cuales sean, las grandes hazañas de otros, antes que privar a su propio nombre de la gloria de ser recordado en la posteridad por no haber escrito nada. Ahora bien, en mi caso, creí que no debía renunciar a una obra como ésta, consciente como era de que nadie podía escribir con más veracidad que yo sobre hechos que presencié y de los que puedo dar fe, al haber sido, como se dice, testigo ocular de los mismos; por otra parte, tampoco podía saber con seguridad si otra persona escribiría sobre lo mismo. Pensé que era mejor legar a la posteridad acontecimientos, quizás también recogidos en otros escritos, antes que permitir que la extraordinaria vida del más eminente, del mayor rey de esta época y sus insignes actos, difícilmente imitables hoy en día, se desvanecieran en las tinieblas del olvido.

Hay además otro motivo, a mi parecer razonable, que por sí solo hubiera bastado para impulsarme a escribir esta obra: es el interés que el rey se tomó por mi formación y la firme amistad que mantuve con él y con sus hijos desde que empecé a vivir en la corte. Ello me ligó a él tan estrechamente y me hizo contraer con él tal deuda, no sólo en vida suya sino también tras su muerte, que con razón parecería yo un ingrato, y de esto se me podría tachar, si, olvidándome de todos los privilegios que me concedió, pasara en silencio los extraordinarios y muy ilustres hechos del hombre a quien tanto debo, y dejara que su vida se quedara sin recibir por escrito el elogio que se merece, como si él nunca hubiera existido.

A exponer y relatar esta vida no alcanza mi pobre talento, insignificante y escaso como es, por no decir nulo; ello precisaría de los sudores de la elocuencia tuliana[44]. Pero aquí tienes un libro que perpetúa la memoria del hombre más grande y excelso; salvo las hazañas del rey, no encontrarás nada asombroso en esta obra, a no ser, tal vez, que un bárbaro como yo, muy poco versado en la lengua de Roma, se crea capaz de escribir en latín de manera aceptable y correcta, y que su osadía le lleve incluso a despreciar aquel precepto de Cicerón que se lee en el primer libro de las *Tusculanas*[45], a propósito de los escritores latinos: «Poner por escrito sus propios pensamientos, quien no puede ordenarlos, ni expresarlos claramente, ni atraerse al lector con algún deleite, es propio de un hombre que abusa desmesuradamente del ocio y de las letras». Esta sentencia del célebre orador habría podido hacerme desistir de mi propósito si yo no hubiera decidido de antemano exponerme al juicio del público y arriesgar mi escaso talento con esta obra, antes que callarme el recuerdo de tan gran hombre pensando sólo en mí mismo.

1

Se considera que el linaje de los merovingios, en el que los francos nombraban a sus reyes, se mantuvo en el poder hasta el rey

Childerico[46], quien, por orden de Esteban, el pontífice de Roma, fue depuesto, rapado y confinado en un monasterio[47]. Aunque pueda parecer que esta estirpe acabó en él, en realidad hacía ya tiempo que carecía de toda fuerza y no ostentaba más honor que un vano título de rey. Tanto las riquezas como el poder del reino estaban en manos de los prefectos de palacio, que eran llamados mayordomos, a los que correspondía la máxima autoridad[48]. Al rey, por lo tanto, no le quedaba otra ocupación que sentarse en el trono con su larga cabellera y su barba crecida, contentándose sólo con el título real, y adoptar la actitud de un gobernante: concedía audiencias a los legados que venían de cualquier país y les transmitía, cuando se iban a marchar, las respuestas que le habían sido indicadas, o incluso impuestas, aparentando que eran decisión propia. Excepto un título real inútil y una renta para la manutención muy precaria, que se le asignaba a criterio del prefecto de palacio, sólo poseía una única propiedad, por lo demás muy poco rentable, con una casa y un reducido número de sirvientes que le proporcionaban lo necesario y le mostraban respeto. Cuando tenía que desplazarse, lo hacía en un carruaje arrastrado por un par de bueyes y conducido por un boyero a la manera rústica. Así solía ir al palacio y a la asamblea general de su pueblo, que se celebraba cada año para tratar los asuntos del reino, y así volvía a su casa[49]. De la administración del reino y de todo lo que se debía hacer o decidir dentro o fuera del mismo se ocupaba el prefecto de palacio.

2

Este cargo, en la época en que Childerico fue depuesto, lo ejercía, como si fuera hereditario, Pipino (el Breve)[50], el padre del rey Carlos. Ya había ocupado este puesto con gran honor el padre de Pipino, Carlos (Martel), quien, a su vez, lo había recibido de su propio padre Pipino (de Heristal). Este Carlos (Martel) fue el que derrotó a los tiranos que reclamaban para sí el dominio de todo el

territorio franco y que, en dos grandes batallas –una en Aquitania, junto a la ciudad de Poitiers, y otra en las cercanías de Narbona, junto al río Berra[51]–, venció a los sarracenos que intentaban invadir la Galia, obligándoles a volver a Hispania. Y es que la dignidad de prefecto de palacio no era concedida por los francos más que a los que se distinguían por su linaje ilustre y su abundante riqueza.

Durante algunos años, bajo el aparente reinado del mencionado Childerico, este cargo lo habían ejercido conjuntamente y en perfecta armonía Pipino, el padre del rey Carlos, y su hermano Carlomán, ya que les había sido legado a ambos por su abuelo y por su padre. Pero Carlomán, por razones difíciles de precisar, al parecer atraído por el deseo de llevar una vida contemplativa, dejó la pesada carga del gobierno de un reino temporal para irse a retirar a Roma. Tomó los hábitos de monje, hizo construir un monasterio en el monte Soracte, cerca de la iglesia de San Silvestre, y allí disfrutó durante algunos años de esa ansiada paz junto con los hermanos que se le unieron. Más tarde, como la tranquilidad que tanto anhelaba se veía interrumpida por las frecuentes visitas de muchos nobles que acudían a Roma, desde los territorios francos, para cumplir sus votos, y no querían pasar de largo ante su antiguo señor, Carlomán se vio obligado a cambiar de residencia: cuando se dio cuenta de que esta gran afluencia de personas estorbaba su propósito, dejó aquel monte y se refugió en la provincia de Samnio, en el monasterio de San Benito, situado en la fortaleza de Cassino[52], y allí pasó el resto de sus días entregado a la vida religiosa[53].

3

Pipino, de prefecto de palacio, pasó a ser consagrado rey por la autoridad del pontífice de Roma[54] y gobernó en solitario sobre los francos durante una quincena de años o incluso más[55]. Al acabar la guerra de Aquitania, que había emprendido contra Waifredo, el

duque de Aquitania, y que había sostenido durante nueve años seguidos, Pipino murió de hidropesía en París[56] dejando dos hijos, Carlos y Carlomán, a los que correspondió, por voluntad divina, la sucesión del reino. Los francos se reunieron en asamblea general, como era su costumbre, y proclamaron reyes a ambos con la siguiente condición: deberían repartirse equitativamente la totalidad del reino, de modo que Carlos recibiera el gobierno de la parte que había sido de su padre Pipino, y Carlomán, el de aquella al frente de la cual había estado su tío Carlomán.

Las condiciones fueron aceptadas por ambas partes y cada uno recibió la mitad del reino tal y como se les había propuesto. Se logró mantener la concordia, aunque con grandes dificultades, porque muchos partidarios de Carlomán conspiraban para romper la alianza e incluso algunos intentaron enfrentarlos en una guerra. Pero el propio curso de los acontecimientos demostró que el peligro no había sido tan real como infundado. Cuando murió Carlomán, su mujer y sus hijos, con algunos de los próceres más destacados de su círculo, se fugaron a Italia; sin que hubiera ningún motivo para ello, en un acto de desprecio al hermano de su esposo, ella y sus hijos se pusieron bajo la protección de Desiderio, el rey de los longobardos.

Carlomán, de hecho, falleció de enfermedad después de dos años de gobierno en común con su hermano; tras su muerte, Carlos fue proclamado único rey con el consenso de todos los francos[57].

4

Creo que no tiene sentido escribir sobre el nacimiento de Carlos, sobre los primeros años de su vida o incluso sobre su niñez, porque no queda ningún testimonio escrito sobre ello y porque hoy en día ya no se encuentra a nadie que diga saber algo sobre este período de su vida[58]. Así pues, es mi propósito pasar a exponer y describir sus actos, sus costumbres y otros aspectos de su vida, dejando de

lado lo que se desconoce. Y lo haré de la siguiente manera: empezaré tratando la obra que llevó a cabo dentro y fuera del reino; después, sus costumbres y aficiones; a continuación, su forma de administrar el reino, y, por último, su muerte, sin pasar por alto nada que sea importante o necesario saber[59].

5

La primera guerra que Carlos emprendió fue la de Aquitania, que ya había sido iniciada por su padre, pero que aún no estaba concluida del todo[60]. Le parecía que podía ponerle fin rápidamente mientras todavía vivía su hermano, al que incluso llegó a pedirle ayuda. Y, a pesar de que éste no le prestó el apoyo que le había prometido, emprendió la expedición y la llevó a cabo enérgicamente, sin desistir de su propósito ni abandonar la campaña hasta llevar a buen término lo que se había empeñado en conseguir con su particular e inquebrantable perseverancia. Obligó a Hunoldo[61], que tras la muerte de Waifredo había intentado ocupar Aquitania y reavivar una guerra casi acabada, a abandonar Aquitania y marcharse a Vasconia[62]. Después, como tampoco podía permitir que se estableciera allí, Carlos cruzó el Garona y, por medio de unos emisarios, ordenó a Lupo, el duque de los vascones, que le devolviera al tránsfuga, amenazándole con reclamárselo por las armas si no lo hacía rápidamente. Lupo, en una sabia decisión, no sólo le devolvió a Hunoldo, sino que además se sometió él mismo, con la provincia que gobernaba, a la autoridad de Carlos.

6

Una vez restablecida la situación en Aquitania con el fin de esta guerra, después que su asociado en el trono dejara este mundo, Carlos, cediendo a las peticiones y a los ruegos de Adriano, el obispo de Roma, emprendió una guerra contra los longobardos[63].

Anteriormente ya se había enfrentado con ellos su padre, en ese caso ante las súplicas del papa Esteban, en una guerra llena de dificultades, porque algunos próceres francos con los que solía deliberar se habían opuesto tan firmemente a su voluntad que llegaron a proclamar de un modo abierto su intención de abandonar a su rey y volverse a sus casas. A pesar de ello, Pipino emprendió la guerra contra el rey Astolfo y le dio fin rápidamente. Aunque tanto Carlos como su padre tenían, al parecer, razones muy similares, por no decir las mismas, para hacer esta guerra, resulta evidente que en ambos casos no se invirtió igual esfuerzo combativo ni se obtuvieron los mismos resultados. Pipino, tras un asedio de pocos días en Pavía, obligó al rey Astolfo a entregarle rehenes, a restituir a los romanos las fortalezas y los castillos que les había arrebatado y a comprometerse mediante juramento a no volver a intentar apropiarse de lo que había devuelto[64]. Carlos, en cambio, no dio por finalizada la guerra que había declarado hasta que obtuvo la rendición del rey Desiderio, al que había debilitado con un largo asedio, hasta que obligó al hijo de éste, Adalgiso, por quien parecían inclinarse las esperanzas de todos, a abandonar no sólo el reino sino también Italia, hasta que restituyó a los romanos todo lo que les había sido arrebatado, hasta que sofocó la rebelión que planeaba Rodgauso, el prefecto del ducado de Friul, y hasta que sometió a Italia entera bajo su dominio e impuso allí a su hijo Pipino como rey[65].

Ahora yo me detendría a describir las grandes dificultades que entrañó el paso de los Alpes para entrar en Italia, y las enormes penalidades que pasaron los francos para superar las impracticables cimas de los montes, los picos que se elevaban hasta el cielo y las abruptas rocas, pero mi propósito en la presente obra es dar a conocer a la posteridad la vida del rey, y no tanto los detalles de las guerras que sostuvo. Sólo señalaré que, como resultado de esta guerra, Italia fue sometida, el rey Desiderio fue desterrado para el resto de sus días, su hijo Adalgiso fue expulsado de Italia[66] y se

restituyeron a Adriano, cabeza de la Iglesia romana, los bienes que le habían arrebatado los reyes longobardos.

7

Tras el fin de esta guerra se reanudó la de Sajonia, que parecía haber quedado momentáneamente interrumpida. No hubo guerra más larga, más cruel y más ardua para el pueblo franco que ésta, porque los sajones, como casi todas las naciones que viven en Germania, son de naturaleza salvaje, practican el culto a los demonios, se muestran hostiles a nuestra religión y no consideran deshonroso violar o transgredir las leyes divinas y humanas[67]. A esto se sumaban otros motivos que podían perturbar la paz a diario, como el trazado de las fronteras entre su país y el nuestro. Éstas se extienden en casi todo su recorrido sobre terreno llano, salvo unos pocos lugares en los que se alzan grandes bosques o cadenas de montañas que marcan un límite claro entre ambos territorios; en estas fronteras se producían continuamente, de ambas partes, matanzas, saqueos e incendios. Los francos, al final, estaban tan indignados que decidieron que ya no bastaba con devolver los ataques, sino que había que declarar una guerra abierta contra ellos.

Así comenzó esta guerra, que llegó a durar treinta y tres años consecutivos[68]; ambos bandos combatieron con igual valor, pero hubo mayores pérdidas entre los sajones que entre los francos. En realidad, habría podido acabar antes si no lo hubiera impedido la perfidia de los sajones. No sé decir cuántas veces, vencidos y suplicantes, se rindieron ante el rey, le prometieron cumplir sus órdenes, entregaron sin dilación los rehenes que se les exigían y recibieron a los embajadores que les enviaban; a veces se mostraban tan sumisos y pacíficos que incluso aseguraban querer dejar el culto a los demonios para someterse a la religión cristiana. Pero de la misma manera en que en ocasiones parecían estar resueltos a cumplir esto, también en cualquier momento se

apresuraban a decir lo contrario, de manera que no se puede saber realmente cuál de las dos cosas pretendían hacer; de hecho, desde que empezó la guerra contra ellos, no hubo año en que no se diera por su parte una mudanza de este tipo.

Pero esta volubilidad de los sajones no quebró el espíritu decidido del rey ni su perseverancia, tanto en la prosperidad como en la adversidad, ni le hizo desistir de sus propósitos. No permitió jamás que tal comportamiento quedara impune, o que no se vengara su perfidia ni se exigiera un justo castigo para ellos, marchando él mismo a la cabeza de sus tropas o confiándolas al mando de los condes. Cuando todos los que se obstinaban en enfrentarse a él fueron derrotados y sometidos a su poder, deportó a diez mil hombres que vivían a ambas orillas del río Elba, con sus mujeres y sus hijos, y los dispersó en pequeños grupos por diversos lugares de la Galia y Germania. Y ya se sabe que esta guerra, que duró tantos años, concluyó con las siguientes condiciones, impuestas por el rey y aceptadas por ellos: los sajones, tras abandonar el culto a los demonios y sus ritos ancestrales, recibirían los sacramentos de la fe y la religión cristiana y se unirían a los francos formando con ellos un solo pueblo[69].

8

A pesar de la larga duración de esta guerra, Carlos sólo combatió personalmente con el enemigo en dos batallas: una cerca del monte llamado Osning, en un lugar llamado Detmold, y la otra junto al río Haase; ambas se libraron el mismo mes y con pocos días de diferencia[70]. En ellas los enemigos fueron severamente vencidos y derrotados, por lo que ya no se atrevieron nunca más a desafiar al rey ni a oponer resistencia a su avance, a menos que se encontraran a resguardo. Pero en esta guerra murieron muchos nobles, tanto francos como sajones, que ocupaban además los más altos cargos. Terminó, finalmente, al cabo de treinta y tres años. Durante todo este tiempo estallaron en distintos lugares tantas y tan

grandes guerras contra los francos, y el rey las dirigió con tal habilidad, que, pensándolo bien, uno no sabe realmente qué cabe admirar más en él, su capacidad de resistencia o su buena suerte. Pues, a pesar de que esta guerra, iniciada dos años antes que la de Italia, se desarrolló sin tregua, no se abandonaron las intervenciones militares allí donde fue necesario, ni se interrumpieron, en sitio alguno, otras contiendas de igual importancia.

Lo cierto es que el rey, el más grande de todos los soberanos de su época por su sabiduría y fortaleza de ánimo, jamás retrocedía ante las dificultades, ni temía el peligro a la hora de emprender o llevar a término cualquier acción, sino que, sabiendo muy bien cómo afrontar y conducir cada situación según las circunstancias, no se rendía en la adversidad ni se dejaba llevar, en la prosperidad, por el falso halago de la fortuna.

9

Mientras se combatía contra los sajones en esta guerra interminable y sin apenas tregua, Carlos hizo disponer guarniciones a lo largo de los puntos estratégicos de las fronteras y a continuación atacó Hispania con el mayor contingente bélico de que dispuso[71]. Atravesó el desfiladero de los Pirineos, aceptó la rendición de todas las fortalezas y castillos que asaltó y volvió con el ejército sano y salvo si se exceptúa que, a su regreso, tuvo ocasión de experimentar de repente la perfidia vascona en las mismas cumbres de los Pirineos[72]. Cuando el ejército avanzaba en larga columna, a lo que obligaba el desfiladero, los vascones, emboscados en lo alto de los montes –pues éste es un lugar idóneo para preparar emboscadas dada la espesura de sus numerosos bosques–, se precipitaron sobre los carruajes que marchaban en último lugar y sobre los que protegían el grueso del ejército cubriendo la retaguardia, y los arrojaron al fondo del valle. Una vez entablado el combate, mataron a todos sin excepción y, tras saquear los bagajes, se dispersaron con gran rapidez al amparo de la noche que ya

empezaba a caer. En este caso favorecía a los vascones la ligereza de su armamento y la disposición del terreno en el que la batalla tuvo lugar; a los francos, por el contrario, la pesadez de su armamento y la irregularidad del terreno los dejaron en situación de total inferioridad frente a los vascones. En esta batalla hallaron la muerte, entre otros muchos, el senescal Egihardo, el conde de palacio Anselmo[73] y Roldán, prefecto de la marca de Bretaña[74]. Y ni siquiera se pudo vengar sobre el terreno este revés, porque el enemigo, al acabar el combate, se dispersó tan rápidamente que no hubo manera de saber dónde ir a buscarlo.

10

Carlos sometió también a los bretones, que están asentados a orillas del océano, al oeste, en uno de los confines de la Galia[75]. Se negaban a obedecerle, por lo que envió unas tropas contra ellos que les obligaron a entregar rehenes y a prometer que cumplirían lo que se les ordenara[76].

Después, entró en Italia a la cabeza de su ejército, y, pasando por Roma, se dirigió a la ciudad de Capua, en la Campania; tras acampar allí, amenazó a los beneventanos con declararles la guerra si no se sometían a él[77]. Aragiso, el duque de los beneventanos, intervino para evitar este peligro: envió al encuentro del rey a sus hijos, Romualdo y Grimaldo, con una gran suma de dinero, y le rogó que los aceptara como rehenes. Prometió también que él y su pueblo harían lo que se les ordenara con una única excepción: que no se le obligara a comparecer ante el rey. Carlos, considerando que el interés del pueblo era más importante que la actitud obstinada del duque, aceptó los rehenes que le ofreció y, como gran concesión, le eximió de la obligación de presentarse ante él. Retuvo a uno de los hijos, el menor[78], como rehén, y envió al mayor junto a su padre. Luego, tras haber mandado unos legados a Aragiso para que exigieran y tomaran los juramentos de fidelidad a los

beneventanos, volvió a Roma, donde pasó algunos días venerando los Santos Lugares y después regresó a la Galia.

11

A continuación estalló de improviso la guerra en Baviera, pero rápidamente se le dio fin. La provocaron la soberbia y la necedad del duque Tasilón. A instancias de su mujer –que era hija del rey Desiderio y que creía que, por medio de su marido, podía vengar el destierro de su padre–, Tasilón se había aliado con los hunos[79], vecinos por oriente de los bávaros. Y no se contentaba sólo con desobedecer las órdenes del rey, sino que buscaba provocarlo para que le declarara la guerra. El rey, enfurecido, no pudo tolerar una arrogancia que era a todas luces excesiva, por lo que reunió tropas de todas partes y emprendió él mismo la marcha hacia Baviera, deteniéndose, con un gran ejército, a orillas del Lech, el río que separa a los bávaros de los alamanes[80]. Una vez establecido el campamento en la ribera, antes de entrar en la provincia, decidió tantear las intenciones del duque enviándole unos legados. Tasilón, al darse cuenta de que su actitud obstinada no le beneficiaba ni a él ni a su pueblo, se dirigió al rey para suplicarle clemencia, le entregó los rehenes que le exigía, entre los que incluso se contaba su hijo Teodón, y, además, juró que no se aliaría con nadie que le incitara a rebelarse contra la autoridad del rey. De este modo rápidamente se puso fin a una guerra que parecía que iba a ser muy grave.

Poco después Tasilón fue llamado a presencia del rey y no se le permitió volver a su provincia, cuyo gobierno ya no se confió nunca más a un duque sino a los condes[81].

12

Apaciguada así esta rebelión, se hizo la guerra a los eslavos que nosotros llamamos wilzos, pero cuyo verdadero nombre, en su

propia lengua, es el de welátabos[82]. En esta guerra, entre las diversas naciones que habían recibido la orden de seguir los estandartes del rey se contaban también los sajones, que participaban como auxiliares, aunque su lealtad al rey era fingida y poco firme. Los motivos de esta guerra eran los continuos ataques e incursiones de los welátabos en el territorio de los abodritas[83], antiguos aliados de los francos, y la imposibilidad de contenerlos a base de amenazas.

Hay un golfo que se extiende desde el océano occidental hacia el este, cuya longitud se desconoce, pero cuya anchura no sobrepasa nunca los cien mil pasos y, en muchos lugares, es menor[84]. A su alrededor están asentadas numerosas naciones: los daneses y los suecos, a los que nosotros llamamos normandos, ocupan la costa septentrional y todas las islas, mientras que la costa meridional la habitan los eslavos, los estonianos y otras naciones distintas, entre las que destacan, por su importancia, los welátabos, el pueblo contra el que el rey estaba en guerra por aquel entonces.

En una sola campaña, que él mismo dirigió en persona, logró vencer y subyugar a los welátabos con tanta contundencia que jamás volvieron a desobedecer sus órdenes[85].

13

A esta guerra le siguió otra, la más importante de todas sin contar la de Sajonia; me refiero a la que emprendió contra los ávaros o hunos[86]. Carlos la dirigió más enérgicamente que las demás y empleó en ella un contingente bélico de mayor peso. Sin embargo, no intervino personalmente más que en una expedición en Panonia, la provincia que entonces habitaba aquel pueblo, y confió la tarea de llevar a cabo todo lo demás a su hijo Pipino, a los prefectos de las provincias e incluso a los condes y a los delegados. Éstos condujeron la guerra con gran firmeza, por lo que acabó al octavo año[87].

Del número de batallas que se libraron y de la cantidad de sangre que se derramó en esta guerra dan testimonio Panonia, completamente despoblada, y el lugar en donde estaba emplazado el palacio del Kaghan[88], tan desierto hoy que ni siquiera quedan vestigios de que allí hubiera vivido alguien. En esta guerra pereció toda la nobleza huna y su gloria se extinguió por completo; además, despojaron a los hunos de las riquezas y tesoros que habían ido acumulando durante largo tiempo. No se recuerda ninguna otra guerra en la que los francos se enriquecieran tanto y obtuvieran tamaña fortuna. Así, quienes hasta entonces casi daban la impresión de ser pobres hallaron tanto oro y tanta plata en aquel palacio, y conquistaron tan magníficos botines en las batallas, que bien se puede pensar que los francos arrebataron en justicia a los hunos lo que los hunos injustamente habían arrebatado antes a otros pueblos[89].

Sólo dos próceres francos perecieron en esta guerra: Eneo, el duque de Friul, que en Liburnia, cerca de la ciudad marítima de Tersatto, cayó en una emboscada que le tendieron los del lugar, y Geroldo, el prefecto de Baviera, al que mataron en Panonia –no se sabe con certeza quién– junto con los dos hombres que constituían su única escolta, mientras cabalgaba ante sus soldados y los exhortaba en el momento de disponer sus tropas para la lucha. Por lo demás, para los francos ésta fue una guerra casi incruenta, que tuvo un resultado muy favorable a pesar de que la magnitud de la contienda hiciera que se alargara durante tanto tiempo.

Después de esta guerra, la de Sajonia tuvo también el final adecuado a su larga duración. Las que luego estallaron, contra los bohemios y contra los linones[90], no llegaron a ser muy largas: bajo el mando de Carlos el Joven[91], acabaron rápidamente.

La última guerra que emprendió Carlos fue la de los normandos llamados daneses. Éstos empezaron ejerciendo la piratería y después, con una flota mayor, devastaron las costas de la Galia y Germania. Godofredo, su rey, estaba tan henchido de orgullo y de vana ambición que esperaba conseguir el dominio de toda Germania. También creía que Frisia y Sajonia eran provincias suyas. Además, había sometido a su poder a los abodritas, vecinos suyos, y les había obligado a pagarle tributos. Incluso se jactaba de que en breve llegaría con un gran ejército a Aquisgrán, donde el rey tenía su corte. A sus palabras, por muy necias que fueran, se les daba un cierto crédito, pues se sospechaba que habría intentado una acción de este tipo si no le hubiera sorprendido de repente la muerte. Fue asesinado por su propio guardián, con lo que se precipitó el fin tanto de su vida como de la guerra que había iniciado[92].

15

Éstas son las guerras que este rey tan poderoso sostuvo, con gran inteligencia y éxito, en distintas partes del mundo, durante los cuarenta y siete años que duró su reinado. Con estas guerras amplió notablemente el reino de los francos, que ya era grande y fuerte cuando lo heredó de su padre Pipino, añadiéndole casi el doble de tierras de las que tenía. Antes, el territorio del reino de los francos no comprendía más que la parte de la Galia que se extiende entre el Rin, el Loira, el océano y el mar de las Baleares, y la parte de Germania que está situada entre Sajonia, el Danubio, el Rin y el Saale, el río que separa a los turingios de los sorabos[93], y que está habitada por los francos llamados orientales; además de estas tierras, también estaban sujetos al poder de los francos los alamanes y los bávaros. En las guerras que acabamos de recordar, Carlos anexionó al reino franco primeramente Aquitania y Vasconia, toda la cordillera de los Pirineos y el territorio hasta el Ebro, el río que nace en tierras de los navarros y que, tras atravesar los campos más fértiles de Hispania, desemboca en el mar de las Baleares al

pie de los muros de la ciudad de Tortosa. Luego anexionó Italia entera, que se extiende desde Aosta hasta la Calabria inferior, en donde se halla la frontera entre los griegos y los beneventanos, con una longitud de más de un millón de pasos[94]; después Sajonia, que no es, ni mucho menos, parte pequeña de Germania, pues se calcula que su anchura es el doble de la de los territorios habitados por los francos, mientras que su longitud podría ser semejante. A continuación, añadió las dos Panonias, la Dacia, que está en la otra orilla del Danubio, y también Istria, Liburnia y Dalmacia, a excepción de las ciudades marítimas, cuya posesión cedió al emperador de Constantinopla en prueba del pacto de amistad y alianza que había concertado con él. Finalmente sometió, obligándolas a pagarle tributos, a todas las naciones bárbaras y salvajes de Germania que están establecidas entre el Rin, el Vístula, el océano y el Danubio. Son unos pueblos que tienen unas lenguas muy parecidas, pero unas costumbres y un modo de vida muy distintos. De todos ellos, los más importantes son los welátabos, los sorabos, los abodritas y los bohemios, con los que precisamente estuvo en guerra; los restantes, cuyo número es mucho mayor, se rindieron voluntariamente a él.

16

También aumentó el prestigio de su reino estableciendo relaciones de amistad con algunos reyes y pueblos.

Estuvo muy estrechamente unido a Alfonso, rey de Galicia y Asturias, quien, cuando le enviaba cartas o embajadas, se hacía llamar siempre vasallo del rey franco[95].

Logró asimismo que los reyes escotos, a los que se ganó con su generosidad, estuvieran totalmente dispuestos a complacerle, hasta el punto de que siempre se dirigían a él dándole el tratamiento de señor y proclamándose ellos súbditos y siervos suyos. Hay cartas

enviadas por estos reyes que dan testimonio de esta gran deferencia hacia su persona[96].

Con Aarón[97], el rey de los persas, que poseía prácticamente todo el oriente salvo la India, Carlos mantuvo una relación de amistad tan cordial que aquel rey prefería su favor a la amistad de cualquier otro rey o príncipe de la tierra, y consideraba, además, que sólo Carlos era merecedor de sus muestras de respeto y de su generosidad. Por esto, cuando se presentaron ante él unos embajadores del rey franco, que habían sido enviados para depositar unas ofrendas en el Santísimo Sepulcro de Nuestro Señor y Salvador y en el lugar de la Resurrección, y le expusieron la voluntad de su rey, Aarón no sólo les concedió lo que pedían, sino que incluso consintió en poner bajo la autoridad de Carlos este lugar santo y redentor. Después, hizo que una delegación suya acompañara a la embajada franca en su camino de vuelta y con ella le mandó a Carlos unos magníficos regalos –telas, perfumes y otras riquezas de oriente–, a pesar de que pocos años antes ya le había enviado, en respuesta a una petición del rey franco, el único elefante que todavía le quedaba[98].

Incluso los emperadores de Constantinopla, Nicéforo, Miguel y León, solicitaron por voluntad propia su amistad y su alianza, y le enviaron numerosas embajadas. Ahora bien, como Carlos se había hecho sospechoso, en su opinión, de querer arrebatarles el imperio por haber adoptado también el título de emperador, estableció con ellos un pacto muy sólido para que no quedara ningún motivo de disputa entre ambas partes[99]. Lo cierto es que el poder de los francos siempre había inquietado a los romanos y a los griegos, como lo demuestra todavía ahora este proverbio griego: Si tienes a un franco como amigo, no lo tienes como vecino.

17

Carlos, que demostró ser un rey magnífico al ampliar el reino y someter a los pueblos del exterior, y que estuvo constantemente

ocupado en tales empresas, pudo, además, comenzar en diversos lugares muchos trabajos de embellecimiento y de utilidad pública para el reino, e incluso logró terminar algunos. Entre los más importantes se cuentan, sin duda, la basílica de la Santa Madre de Dios en Aquisgrán, una obra de admirable construcción, y el puente sobre el Rin en Maguncia, que medía quinientos pasos de longitud (pues ésta es la anchura que tiene el río en ese lugar). Este puente ardió en un incendio un año antes de que Carlos falleciera, y por esto, al sobrevenirle la muerte antes de lo esperado, no llegó a reconstruirlo en piedra en lugar de madera, como era su intención.

Comenzó también la construcción de unos magníficos palacios: uno no lejos de la ciudad de Maguncia, cerca de la villa llamada Ingelheim, y otro en Nimega, a orillas del Waal, el río que baña la parte meridional de la isla de los bátavos[100]. Y lo que es más importante: siempre que se enteraba de que en algún lugar de su reino había iglesias que se derrumbaban de lo antiguas que eran, ordenaba a los obispos y a los prelados que estaban al cuidado de las mismas que las restauraran, encargando a sus delegados que velaran por el cumplimiento de sus disposiciones.

Formó asimismo una flota para la guerra contra los normandos; a tal efecto se construyeron naves junto a los ríos que, desde la Galia y Germania, desembocan en el océano septentrional[101]. Habida cuenta, además, de que los normandos estaban devastando el litoral galo y germano con sus continuos ataques, hizo colocar vigías y puestos de guardia en todos los puertos y desembocaduras de ríos por los que parecía que podrían acceder las naves, y así, gracias a esta vigilancia, impidió que el enemigo huyera por estas salidas. Tomó las mismas medidas en el sur, en las costas de la provincia narbonense y de Septimania; y también lo hizo a lo largo de toda la costa de Italia hasta Roma, para hacer frente a los mauros, que por aquel entonces empezaban a ejercer la piratería[102]. Con estas medidas, en vida suya no sufrieron ningún daño grave ni Italia, por parte de los mauros, ni Galia y Germania, por la de los normandos; las únicas excepciones fueron la ciudad de

Civitavechia, en Etruria, que fue tomada a traición y devastada por los mauros, y algunas islas de Frisia, cercanas al litoral germánico, que fueron saqueadas por los normandos.

18

Éstos fueron, como es sabido, los grandes logros del rey en lo que se refiere a la protección, ampliación y embellecimiento del reino. Ahora voy a hablar de sus cualidades espirituales, de la extraordinaria firmeza que mostraba ante cualquier circunstancia, fuera próspera o adversa, y de otros aspectos de su vida privada y familiar.

Tras la muerte de su padre, soportó con tanta paciencia el odio y la envidia de su hermano, con el que compartía reino, que a todos sorprendía que estas provocaciones ni siquiera lograran encender su ira[103].

A instancias de su madre, se casó con la hija de Desiderio, el rey de los longobardos, y al cabo de un año la repudió sin que se sepa bien el motivo exacto[104]. Entonces tomó en matrimonio a Hildegarda, una mujer suaba de alta nobleza, de la que tuvo tres hijos, Carlos, Pipino y Ludovico, y tres hijas, Rotrudis, Berta y Gisela[105]. Tuvo otras tres hijas: Teodorada, Hiltrudis y Rodaida, las dos primeras de su esposa Fastrada, una mujer procedente de los francos orientales, es decir, de los que son germanos, y la tercera de cierta concubina cuyo nombre no me viene a la memoria. Cuando falleció Fastrada[106], se casó con la alamana Liutgarda, que no le dio ningún hijo. Tras la muerte de ésta[107], tuvo cuatro concubinas: Madelgarda, que dio a luz a una hija suya llamada Rotilda; Gersvinda, de origen sajón, de la que le nació otra hija de nombre Adeltrudis; Regina, que le dio a Drogón y a Hugo; y Adelinda, de la que tuvo a Teodorico[108].

Su madre, Bertrada, envejeció junto a él rodeada de grandes honores. La trataba con gran respeto y entre ellos jamás hubo

ningún desacuerdo, salvo por la cuestión de su divorcio con la hija del rey Desiderio, la mujer con la que ella le había aconsejado que se casara. Bertrada falleció[109] tras la muerte de Hildegarda, habiendo podido ver en casa de su hijo a tres nietos y a tres nietas. Carlos la hizo enterrar con grandes honores en Saint Denis, la misma basílica en la que descansa su padre.

Tenía una única hermana, Gisela, que desde niña estaba entregada a la vida religiosa y a la que profesó el mismo amor que a su madre. Murió pocos años antes que él, en el monasterio donde pasó su vida[110].

19

Dispuso que sus hijos, tanto los varones como las hembras, iniciaran su formación siendo instruidos en las artes liberales[111], a cuyo estudio él mismo se aplicaba. Después hizo que sus hijos, tan pronto como les llegó la edad, fueran adiestrados en la equitación al estilo de los francos, el manejo de las armas y la caza. En cuanto a las hijas, quiso que se ejercitaran en el trabajo de la lana y el manejo de la rueca y del huso, para evitar que se entregaran al ocio, y que fueran instruidas en todo lo que hace honesta a una mujer.

De todos sus hijos sólo perdió a dos varones y a una hembra[112], que murieron antes que él: Carlos, el mayor, Pipino, al que había nombrado rey de Italia, y Rotrudis, la primogénita de sus hijas, que había estado prometida en matrimonio al emperador griego Constantino[113]. Pipino dejó un hijo llamado Bernardo y cinco hijas: Adelaida, Atula, Gundrada, Bertaida y Teodorada. El rey demostró el gran amor que sentía por todos ellos al disponer, tras la muerte de Pipino, que su nieto sucediera al padre y que sus nietas se educaran con sus propias hijas. Soportó la muerte de sus hijos y de su hija con menos resignación de la que cabía esperar de su gran fortaleza de espíritu, pues el amor que sentía por ellos, no menos extraordinario, lo sumió en el llanto.

De igual modo, cuando se le anunció la muerte de Adriano, el pontífice de Roma[114], al que consideraba su mejor amigo, lloró como si hubiera perdido a un hermano o a un hijo muy querido. Se tomaba muy en serio sus relaciones de amistad: las aceptaba fácilmente, las mantenía con la mayor lealtad y amaba con devoción a aquellos con quienes se había unido en este vínculo.

Velaba tanto por la educación de sus hijos y de sus hijas que nunca cenaba en casa sin ellos, ni nunca se iba de viaje sin ellos. Los hijos iban cabalgando a su lado y las hijas le seguían detrás cerrando el cortejo y protegidas por unos cuantos escoltas dispuestos a tal efecto.

Siendo como eran tan hermosas y tan queridas por su padre, resulta sorprendente que Carlos no quisiera darlas en matrimonio a nadie, ni de su nación ni de fuera de ella, y que hasta su muerte las retuviera a todas en casa alegando que no podía privarse de su compañía. En este sentido, él, un hombre por lo demás tan afortunado, llegó a sentir en ocasiones una profunda desdicha, pero lo supo disimular como si jamás hubiera surgido la mínima sospecha o rumor deshonroso sobre ellas[115].

20

Había tenido de una concubina un hijo llamado Pipino, del que antes no he hecho mención con los otros, un muchacho de hermoso aspecto aunque desfigurado por una joroba[116]. Mientras su padre invernaba en Baviera, durante la guerra contra los hunos, Pipino simuló una enfermedad y tramó una conspiración contra él, junto con algunos próceres francos que lo habían atraído a su causa con la vana promesa del trono[117]. Se descubrió la traición y se condenó a los conspiradores, pero el rey le permitió a Pipino, que había expresado su deseo de dedicarse a la vida religiosa, recibir la tonsura en el monasterio de Prüm.

Anteriormente ya se había urdido otra violenta conspiración contra él en Germania[118]. Todos los culpables fueron enviados al exilio: a algunos, como castigo, les arrancaron los ojos, pero otros no sufrieron mutilaciones. Ninguno fue ajusticiado, excepto tres hombres que mataron a algunos soldados mientras intentaban evitar, espada en mano, ser apresados, y a los que se dio muerte porque no había otra manera de reducirlos.

Se cree que lo que motivó estas conspiraciones fue la crueldad de la reina Fastrada. En ambos casos hubo una confabulación contra el rey porque parecía que éste había perdido completamente su bondad natural y su habitual moderación, sumándose a la crueldad de su esposa[119]. De todas maneras, vivió siempre rodeado del gran afecto y la simpatía que todos le profesaban, en su patria y fuera de ella, y nadie le hizo jamás el mínimo reproche de haber cometido una crueldad injusta.

21

Le gustaban los forasteros y los acogía colmándolos de atenciones; llegaron a ser tantos que con razón se los consideraba un gasto excesivo para el palacio y para el reino. Pero a Carlos, un rey tan magnánimo, no se le hizo nada pesada esta carga, porque hallaba compensación incluso a las mayores molestias en los elogios que despertaba su generosidad y en la buena fama que le procuraba.

22

Era corpulento y robusto, de estatura elevada pero bien proporcionada, pues se sabe que medía siete veces la longitud de su propio pie[120]. Tenía el cráneo redondo, los ojos muy grandes y vivos, la nariz un poco más larga de lo normal, una hermosa cabellera blanca y el rostro agradable y alegre. Todo ello le confería un aspecto de gran autoridad y dignidad, estuviera de pie o sentado.

Aunque el cuello pudiera parecer grueso y corto, y su vientre algo prominente, todo esto no se notaba gracias a la perfecta proporción de los otros miembros. Tenía el andar seguro y era en todo su porte viril. Su voz era clara, pero no del todo adecuada a su aspecto físico. Gozó siempre de buena salud, salvo en los últimos cuatro años antes de morir, cuando tuvo numerosos accesos de fiebre y, al final, cojeaba de un pie. Incluso entonces hacía lo que le daba la gana, en vez de seguir el consejo de sus médicos, a quienes detestaba porque le recomendaban que dejara de comer guisos asados, como era su costumbre, y lo tomara todo hervido.

Practicaba muy a menudo la equitación y la caza, actividades que le eran innatas, pues es difícil encontrar en la tierra algún pueblo que pueda igualar a los francos en estas artes. También le gustaba mucho tomar baños de vapor en aguas termales, y practicaba con frecuencia la natación, en la que logró ser tan diestro que nadie podía superarle. Por este motivo hizo construir un palacio precisamente en Aquisgrán[121], y allí fijó su residencia durante los últimos años de su vida hasta su muerte. Y no sólo invitaba a los baños a sus hijos, sino también a sus próceres y amigos, e incluso, a veces, al grupo de guardias y miembros de su escolta, con lo que en ocasiones se bañaban cien personas o más a la vez.

23

Vestía a la manera de su pueblo, es decir, como los francos. Sobre la piel llevaba una camisa y unos calzones de lino; encima, una túnica ribeteada de seda y medias calzas, y unas bandas alrededor de las piernas y calzado. En invierno se abrigaba los hombros y el torso con un jubón de piel de nutria o de marta. Se cubría con un manto azul, y siempre llevaba ceñida una daga con una empuñadura y una vaina de oro o plata. A veces iba también con una espada adornada con piedras preciosas, pero sólo en las festividades más importantes, o cuando recibía embajadores de otros países. No le gustaba nada la vestimenta de otras naciones,

por muy bella que fuera, y se negaba a ponérsela. Sólo cedió, en Roma, en dos ocasiones: una vez, a instancias del pontífice Adriano, y otra vez, cuando se lo pidió el sucesor de éste, León[122]. Se vistió entonces con una larga túnica y una clámide, e incluso se calzó como los romanos. Los días de fiesta llevaba un vestido tejido en oro, calzado adornado con piedras preciosas y una hebilla de oro que le sujetaba el manto; además, lucía una corona de oro y piedras preciosas. Los otros días, en cambio, sus ropas se diferenciaban muy poco de las que lleva un hombre corriente y del pueblo.

24

En la comida y en la bebida era moderado, sobre todo en la bebida, porque le horrorizaba la embriaguez en cualquiera, y, más aún, en él y en los suyos. En las comidas, por el contrario, no se veía capaz de ser tan parco, y a menudo se quejaba de lo mal que le sentaba el ayuno.

Raras veces ofrecía banquetes; únicamente lo hacía con motivo de grandes festividades, pero en estas ocasiones invitaba a un gran número de personas. La comida diaria consistía sólo en cuatro platos, además del asado que los cazadores le servían en una broqueta y que era su manjar preferido. Durante la comida escuchaba un poco de música o una lectura. Le leían las historias y las hazañas de los antiguos, pero también le gustaban las obras de San Agustín, en particular *La ciudad de Dios.*

Era tan parco en el vino y en la bebida en general, que en las comidas casi nunca bebía más de tres veces. En verano, después de comer al mediodía, tomaba algo de fruta, bebía un poco y, quitándose la ropa y el calzado, como hacía por la noche, descansaba unas dos o tres horas. De noche tenía un sueño muy ligero: se despertaba cuatro o cinco veces, lo que le desvelaba hasta el punto que tenía que levantarse.

Mientras se vestía y se calzaba no sólo recibía a sus amigos; si el conde de palacio le comunicaba que había un pleito que no podía

resolverse sin una orden suya, hacía entrar a los litigantes, tomaba conocimiento del caso y dictaba sentencia, como si estuviera en un tribunal. También éste era el momento en el que disponía todo lo que había que hacer durante el día y daba las órdenes a los servidores de palacio.

25

Estaba dotado de una elocuencia rica y fluida, y sabía expresar con gran claridad todo lo que quería. No se contentó solo con su lengua materna[123], sino que se dedicaba a estudiar las de otros lugares: el latín lo aprendió tan bien que solía hablar indistintamente en esta lengua o en la suya propia. En cambio, era más capaz de entender el griego que de hablarlo. Por lo demás, se expresaba con tal soltura que su lenguaje incluso podía parecer punzante.

Cultivó con gran entusiasmo las artes liberales y sentía un profundo respeto por los que las enseñaban, a quienes colmaba de grandes honores. Su maestro de gramática fue el diácono Pedro de Pisa[124], que entonces era ya un hombre de edad avanzada. En las otras disciplinas tuvo de preceptor a otro diácono, Alcuino –conocido con el sobrenombre de Albino–, un sajón de Bretaña que era el hombre más sabio de aquel entonces[125]. Bajo su magisterio dedicó mucho tiempo y esfuerzo al estudio de la retórica, la dialéctica y, sobre todo, la astronomía; aprendía el arte del cálculo y escrutaba con gran atención e interés el curso de los astros. También intentaba escribir, y solía guardar tablillas y hojas de pergamino bajo las almohadas de su cama, para poder ejercitar la mano en el trazado de las letras cuando tenía tiempo libre; pero, como se aplicó demasiado tarde a esta tarea, hizo muy pocos progresos.

26

La religión cristiana, que le había sido inculcada desde la infancia, la practicó escrupulosa y devotamente. Por ello, hizo construir en Aquisgrán una basílica de belleza excepcional, que guarneció con oro, plata, candelabros, y con balaustradas y puertas de bronce macizo. Y, como no podía procurarse de otro sitio las columnas y los mármoles para la construcción de la basílica, mandó que se los trajeran de Roma y Rávena[126].

Mientras su salud se lo permitió, acudía regularmente a la iglesia por la mañana y por la tarde, y también asistía a los oficios nocturnos y a la misa. Velaba atentamente porque todas las celebraciones se desarrollaran con el máximo decoro, y muy a menudo advertía a los sacristanes que no permitieran que se trajera o dejara allí nada indigno o inmundo. Proveyó a esta basílica de tan gran cantidad de objetos litúrgicos de oro y plata y de ropas sacerdotales, que en la celebración de la misa ni siquiera los porteros, los últimos en la jerarquía eclesiástica[127], se veían en la necesidad de ejercer su ministerio con su atuendo de diario.

Se esmeró mucho en la reforma del método de leer y de salmodiar; de hecho, era un gran experto en ambas materias, a pesar de que no leyera nunca en público ni cantara más que en voz baja y con el coro[128].

27

Se entregó abnegadamente a socorrer a los pobres y a hacer donaciones desinteresadas, lo que los griegos llaman limosna, y no sólo se preocupó de hacerlo en su patria y en su reino, sino que también enviaba dinero a las tierras allende el mar: a Siria, Egipto, África, Jerusalén, Alejandría y Cartago, donde sabía que los cristianos vivían en la pobreza, lo que movía su compasión. Precisamente por esta razón buscaba la amistad de los que reinaban en esas tierras, a fin de procurar un poco de ayuda y

consuelo a los cristianos que vivían bajo el dominio de estos reyes[129].

De todos los lugares santos y venerables, la iglesia de San Pedro apóstol en Roma fue objeto de su mayor devoción. Dotó a su tesoro de abundantes riquezas en oro, plata y piedras preciosas, y envió a los pontífices una infinidad de obsequios de gran valor. Durante todo su reinado, nada le importó más que restablecer el antiguo prestigio de Roma, para lo que empleó todo su esfuerzo y dedicación, y defender y proteger la iglesia de San Pedro, además de ornarla y enriquecerla con sus propios bienes, por encima del resto de las iglesias. Pero, a pesar de lo importante que era para él, durante los cuarenta y siete años de su reinado solamente la visitó en cuatro ocasiones para cumplir sus votos y para orar[130].

28

Pero éste no fue el único motivo de su último viaje a Roma. Sucedió que los romanos habían atacado violentamente al pontífice León –le habían vaciado los ojos y arrancado la lengua–, por lo que se vio obligado a implorar la protección del rey[131]. Carlos se dirigió entonces a Roma para restablecer la situación de la Iglesia, gravemente alterada por lo acaecido, y se quedó allí todo el invierno[132]. Durante su estancia en la ciudad, recibió el título de emperador y de augusto. En un principio se mostró muy contrario, hasta el punto de asegurar que, si hubiera sabido de antemano la intención del pontífice, aquel día no habría entrado en la iglesia, por mucho que se tratara de una festividad tan importante[133]. Además, tuvo que soportar pacientemente la envidia de los emperadores romanos, que estaban indignados por el título que había asumido[134]. Pero Carlos supo vencer la tozudez de los emperadores con su grandeza de espíritu, una cualidad que sin duda le hacía superior a ellos, a fuerza de mandarles numerosas

delegaciones y de darles el tratamiento de hermanos en las cartas que les enviaba.

29

Después de haber recibido el título imperial, consciente como era de que en las leyes de su pueblo existían muchas lagunas –de hecho, los francos tienen dos leyes que difieren bastante entre sí en muchos de sus puntos–, se propuso completarlas, eliminar las discrepancias y corregir los errores y las faltas de redacción que presentaban. Pero lo único que pudo hacer en este sentido fue añadir a las leyes unos pocos artículos, por lo demás incompletos[135]. En cambio, logró que se recogiera y transcribiera la legislación, todavía no escrita, de todas las naciones que estaban bajo su poder.

También quiso que se pusieran por escrito, para legarlos a la posteridad, los antiquísimos poemas bárbaros en los que se cantaban las hazañas y las guerras de los antiguos reyes[136]. Asimismo, hizo que se comenzara a elaborar una gramática de su lengua materna[137].

A los meses del año les puso un nombre en su propia lengua, ya que hasta entonces los francos los designaban en parte con el término latino, en parte con el bárbaro. También dio una denominación distinta a cada uno de los doce vientos, pues anteriormente sólo la había, como mucho, para cuatro. A los meses los llamó de la siguiente manera: enero, *wintarmanoth;* febrero, *hornung;* marzo, *lentzinmanoth;* abril, *ostarmanoth;* mayo, *winnemanoth;* junio, *brachmanoth;* julio, *hewimanoth;* agosto, *aranmanoth;* septiembre, *witumanoth;* octubre, *windumemanoth;* noviembre, *herbistmanoth;* diciembre, *heilagmanoth*[138]. A los vientos les puso estos nombres: al del este lo llamó *ostroniwint;* al del sudeste, *ostsundroni;* al del sudsudeste, *sundostroni;* al del sur, *sundroni;* al del sudsudoeste, *sundwestroni;* al del sudoeste,

westsundroni; al del oeste, *westroni;* al del noroeste, *westnordroni;* al del nornoroeste, *nordwestroni;* al del norte, *nordroni;* al del nornordeste, *nordostroni,* y al del noreste, *ostnordroni*[139].

30

Al final de su vida, cuando estaba ya muy debilitado por la enfermedad y la vejez, hizo llamar a su lado a Ludovico, rey de Aquitania, el único hijo de Hildegarda que le quedaba, y, ante la asamblea de próceres francos de todo el reino, con cuyo acuerdo unánime contaba, lo asoció en el gobierno de todo el reino y lo nombró heredero a título imperial; después, lo coronó y ordenó que se le diera el tratamiento de emperador y de augusto[140]. Esta decisión fue acogida con gran entusiasmo por todos los presentes, pues parecía inspirada por Dios para el bien del reino. Ello acrecentó todavía más el prestigio de su majestad e infundió no poco terror a los pueblos del exterior. A continuación, mandó a su hijo de vuelta a Aquitania y, por su parte, a pesar de su edad, se fue a cazar no muy lejos del palacio de Aquisgrán, como tenía por costumbre. Así acabó de pasar el resto del otoño hasta que regresó a Aquisgrán hacia las calendas de noviembre[141].

Mientras pasaba allí el invierno, en enero cogió una fiebre muy alta que le obligó a permanecer en cama. Entonces, como se suele hacer en los casos de fiebre, se le impuso inmediatamente una dieta alimenticia, creyendo que con esta medida se podría curar la enfermedad o, por lo menos, lograr una mejoría. Pero la fiebre se complicó con un dolor en el costado, lo que los griegos llaman pleuresía, y, mientras seguía todavía con el régimen y no se alimentaba más que de líquidos –y eso, en contadas ocasiones–, el séptimo día que guardaba cama, tras haber recibido la santa comunión, murió a la edad de setenta y dos años, en el cuadragésimo séptimo de su reinado, el día quinto antes de las calendas de febrero, en hora de tercia[142].

31

Su cuerpo, una vez lavado y preparado según el ritual, fue trasladado a la iglesia e inhumado en medio de la más profunda aflicción de todo el pueblo. En un principio se dudó sobre el lugar en el que debía ser enterrado, dado que él no había dispuesto en vida nada al respecto. Finalmente, todos convinieron en que no había ningún otro sitio más digno de su sepultura que la basílica que había hecho construir él, a sus expensas, en esta localidad[143], por amor a Dios y a Nuestro Señor Jesucristo, y en honor a su santa Madre, siempre Virgen. Allí fue sepultado el mismo día en que murió, y sobre su tumba se erigió un arco dorado con su imagen y con una inscripción cuyo texto es el siguiente:

EN ESTE SEPULCRO YACE EL CUERPO DE CARLOS,
MAGNO Y ORTODOXO EMPERADOR, QUE AMPLIÓ
NOTORIAMENTE EL REINO DE LOS FRANCOS Y
FELIZMENTE LO GOBERNÓ DURANTE XLVII AÑOS.
MURIÓ SEPTUAGENARIO EN EL AÑO DEL SEÑOR
DCCCXIIII, EN LA VII INDICCIÓN[144], EL DÍA V ANTES
DE LAS CALENDAS DE FEBRERO

32

Hubo numerosos presagios de que su fin se acercaba, por lo que todos, incluido él mismo, se dieron cuenta de la inminencia de su muerte.

Durante tres años consecutivos, los últimos de su vida, hubo frecuentes eclipses de sol y de luna, y, a lo largo de siete días, se vio en el sol una mancha de color negro[145]. El pórtico, una construcción inmensa que había hecho levantar entre la basílica y el palacio, súbitamente se hundió hasta los cimientos el día de la Ascensión del Señor[146]. Es más, el puente sobre el Rin que mandó

construir cerca de Maguncia, una obra admirable de madera, que costó diez años de intenso trabajo y que parecía que iba a durar para siempre, se incendió accidentalmente y ardió durante tres horas, con lo que, a excepción de la parte que quedaba bajo el agua, no se salvó ni una astilla[147].

Al propio rey, durante la última expedición a Sajonia contra Godofredo, el rey de los daneses[148], le sucedió lo siguiente: un día, antes del amanecer, cuando ya había dejado el campamento e iniciaba su marcha, vio una luz que caía de repente de lo alto, en medio de un gran resplandor, y atravesaba de derecha a izquierda el cielo sereno. Mientras todos se preguntaban admirados qué podía presagiar este fenómeno, el caballo que montaba Carlos de pronto bajó la cabeza y se desplomó al instante, lanzándole tan bruscamente al suelo que se le rompió la hebilla del manto y se le desprendió la vaina de la espada. Cuando corrieron a levantarlo los soldados que lo acompañaban, había perdido las armas y el manto; incluso el venablo que sujetaba fuertemente en el momento de la caída se le escapó de las manos y fue a parar a unos veinte pies de distancia por lo menos.

A todo esto vinieron a sumarse los temblores que frecuentemente sacudían el palacio de Aquisgrán y los continuos chasquidos de artesonados que se oían en las estancias que Carlos ocupaba. Además, la basílica en la que después lo enterraron fue alcanzada por un rayo, que cayó en la manzana de oro que adornaba la parte superior del tejado y la proyectó sobre la casa del obispo, que estaba al lado de la basílica. En esta misma basílica, en el margen de muro que rodea el interior del santuario y separa los arcos superiores de los inferiores, había una inscripción en letras rojas que indicaba el nombre del fundador del templo y en cuya última línea se leía: KAROLVS PRINCEPS. Algunos observaron que el mismo año en que murió, unos pocos meses antes, las letras de la palabra PRINCEPS estaban tan borrosas que apenas se podían distinguir.

Pero Carlos fingía ignorar o despreciaba cada una de estas señales del cielo, como si no tuvieran nada que ver con él.

33

Había decidido hacer un testamento para que sus hijas y los hijos habidos de sus concubinas pudieran heredar algo; pero lo empezó tarde y no se pudo dar cumplimiento a lo dispuesto. De todas maneras, tres años antes de que muriera, ya había hecho la división de sus tesoros, su dinero, sus ropas y sus muebles en presencia de sus amigos y de los dignatarios de palacio, a quienes nombró testigos para que garantizaran, tras su muerte, que se mantendría la división fijada por él. Quiso consignar en un documento su voluntad respecto a la repartición. Las disposiciones y el texto son los siguientes:

> En el nombre de Dios omnipotente, Padre, Hijo y Espíritu Santo, ésta es la descripción y la división que ha hecho el muy glorioso y piadoso Carlos, señor y emperador augusto, en el año 811 de la encarnación de Nuestro Señor Jesucristo, cuadragésimo tercero de su reinado en territorio franco, trigésimo sexto en Italia, undécimo de su imperio, en la cuarta indicción. Con criterio piadoso y sabio ha decidido hacer esta división de las riquezas y del dinero que este día se ha encontrado en la cámara del tesoro[149] y, con la ayuda de Dios, la ha llevado a término.
>
> Con esta división ha querido, ante todo, asegurar una distribución justa y razonable de su fortuna personal en forma de limosnas, lo que los cristianos acostumbran a hacer con sus pertenencias, y también ha querido hacer saber a sus herederos, de un modo claro e inequívoco, qué les ha de corresponder a cada uno, a fin de que se lo puedan repartir entre ellos equitativamente y sin discusiones ni disputas.
>
> Así pues, con esta intención y este propósito, ha empezado por dividir en tres partes todas las riquezas y el mobiliario, consistentes en oro, plata, piedras preciosas y ornamento real, que este día, como se ha dicho, se ha podido encontrar en la cámara. Después, ha subdividido dos de estos tres tercios en veintiuna partes, y ha mantenido el otro tercio entero. Esta división de esos dos tercios en veintiuna partes obedece a que en su reino, como se sabe, hay veintiuna ciudades metropolitanas, y él ha querido que cada metrópoli reciba de mano de sus herederos y amigos una de estas partes a título de limosna; asimismo, ha dispuesto que el arzobispo que entonces se encuentre al frente de cada iglesia metropolitana, una vez reciba la parte correspondiente a la misma, se la reparta con sus sufragáneos de manera que un tercio vaya a parar a su iglesia, pero los otros dos se dividan entre los sufragáneos.

Cada una de estas veintiuna partes en que los dos primeros tercios han sido divididos, de acuerdo con el número de ciudades metropolitanas, permanece guardada separadamente de las otras y está depositada en un cofre con la indicación de la ciudad a la que se deberá remitir. Los nombres de las metrópolis que han de recibir la limosna o donación son: Roma, Rávena, Milán, Friul[150], Grado, Colonia, Maguncia, Juvavum (llamada también Salzburgo), Tréveris, Sens, Besançon, Lyon, Rouen, Reims, Arles, Vienne, Tarantaise[151], Embrum, Burdeos, Tours y Bourges.

La razón por la que ha querido conservar íntegra una parte es la siguiente: a diferencia de los otros dos tercios que han quedado distribuidos y guardados bajo sello, como antes se ha señalado, ha dispuesto que esta tercera parte se destine a sus necesidades cotidianas, en calidad de bienes de los que no puede ser desposeído por ningún compromiso adquirido mediante voto alguno, durante todo el tiempo que permanezca con vida o juzgue necesitarlos. Tras su muerte, o en caso de su renuncia voluntaria a los asuntos de este mundo, esta parte se dividirá en cuatro lotes: un cuarto se añadirá a las veintiuna partes antes mencionadas; el segundo será para sus hijos e hijas, y para los hijos e hijas de sus hijos, que se lo repartirán entre ellos de forma justa y razonable; el tercer cuarto, siguiendo la costumbre cristiana, se destinará a los pobres, y el último cuarto se distribuirá, también a título de limosna, entre los criados y criadas adscritos al servicio del palacio, a fin de que les sirva de sustento.

A esta tercera parte del total de sus bienes, consistente, al igual que las otras dos, en oro y plata, ha querido añadir todos los objetos y utensilios de bronce, hierro y otros metales, junto con sus armas, sus ropas y demás enseres de uso diverso, sean de gran valor o corrientes, como son cortinajes, cobertores, tapices, tejidos de fieltro, pieles, albardas y todo lo que este día se ha encontrado en su cámara y en su guardarropa, a fin de que, al sumar todo esto, los lotes en que se divide esta tercera parte resulten mayores y las limosnas puedan repartirse entre un mayor número de personas.

En cuanto a los bienes de la capilla, es decir, del servicio eclesiástico, tanto los que él mismo mandó hacer o reunió como los que heredó de su padre, ha ordenado que se conserven intactos y no sean objeto de división alguna. Pero, si allí se hallaran objetos, libros u otros ornamentos de los que se supiera con certeza que no los había donado a esta capilla, podrá comprarlos y quedárselos quien los quiera, si paga el precio que resulte de una valoración justa. También ha dispuesto lo mismo en lo que respecta a los libros que en gran número ha reunido en su biblioteca, de modo que quien los quiera los podrá adquirir a un precio justo, suma ésta que se distribuirá entre los pobres.

Entre otros tesoros y riquezas, consta que figuran tres mesas de plata y una de oro de tamaño y peso considerables. En cuanto a estas mesas ha resuelto y determinado que una de ellas, la cuadrangular, que tiene dibujado un plano de la ciudad de Constantinopla, sea enviada, junto a las otras donaciones ya previstas, a Roma, a la basílica del San Pedro apóstol; que la otra, la redonda,

en la que está representada la ciudad de Roma, sea donada al episcopado de la iglesia de Rávena[152]; y, finalmente, ha dispuesto que la tercera, mucho más hermosa y más pesada que las otras, que lleva grabada en trazos finos y minuciosos una representación del mundo entero bajo la forma de tres círculos concéntricos[153], y la de oro –la que se designa como la cuarta– pasen a aumentar aquella tercera parte que se habrá de dividir entre los herederos y las limosnas.

Ha tomado estas decisiones y ha establecido estas disposiciones en presencia de los obispos, abades y condes que en esta ocasión han podido estar presentes y cuyos nombres quedan aquí consignados:

Obispos: Hildebaldo, Riculfo, Arno, Wolfario, Bernoino, Laidrado, Juan, Teodulfo, Jessé, Haitón, Waltgaudo[154].

Abades: Fridugiso, Adalungo, Angilberto, Irminón[155].

Condes: Wala, Meginhero, Otulfo, Esteban, Unroco, Burcardo, Meginhardo, Hattón, Riwino, Edón, Ercangario, Geroldo, Bero, Hildegerno, Rocolfo[156].

Su hijo Ludovico, sucesor suyo por voluntad divina, examinó atentamente este documento y, tras la muerte de Carlos, se ocupó de que todo lo dispuesto en él se cumpliera escrupulosamente lo más pronto posible[157].

---

44. Tuliana, es decir, de Marco Tulio Cicerón, el célebre orador romano.

45. *Tusculanae disputationes* 1, 3, 6.

46. Los francos eran un pueblo germánico que constituía una agrupación de núcleos más antiguos, entre los que destacaban los francos salios y los francos ripuarios. Asentados desde el siglo III en la margen derecha del Rin, conquistaron en los siglos V y VI la Galia romana (que de ellos recibió luego el nombre de Francia). La primera dinastía de reyes francos fue la merovingia, cuyo último monarca fue Childerico III, que reinó desde el año 743 hasta el 751.

47. En realidad fue el papa Zacarías (741-752) quien, tras diversas consultas con los francos, ordenó la deposición de Childerico y su confinamiento en el monasterio de Saint Bertin. La barba y la larga cabellera eran para los merovingios un símbolo de poder y de realeza. La degradación, no rara en la Edad Media, consistente en cortar la barba y los cabellos a soberanos y grandes señores implicaba su incapacitación para toda acción de gobierno.

48. El mayordomo de palacio era, en un principio, el intendente de la casa real. Este cargo fue adquiriendo con el tiempo mayor poder político y económico, con lo que el mayordomo se convirtió en el principal colaborador del rey y acabó por desempeñar las funciones de éste. Pipino de Heristal *(ca*. 640-714), abuelo de Pipino el Breve, gobernó en nombre del rey Teodorico III; él y sus descendientes mantuvieron la ficción de un monarca merovingio hasta la coronación de Pipino, con lo que el cargo de mayordomo de palacio desapareció.

49. Es un asunto discutido si esta pintoresca descripción de los llamados reyes holgazanes responde con exactitud a la verdad histórica o más bien obedece a la intención de destacar la acción política de los carolingios; véanse Riche, 1982: 62-63; Chiesa, 2014: 66-67.

50. En este capítulo añado entre paréntesis los apelativos de los distintos antepasados de Carlomagno a fin de facilitar la comprensión del texto. Cabe tener en cuenta que Eginhardo escribía para un público que identificaba perfectamente a cada uno de ellos. Véanse los cuadros genealógicos de los carolingios.

51. La batalla de Poitiers se libró en el año 732 y la del río Berra en el 737.

52. La abadía de Montecassino, fundada en el año 529 por san Benito de Nursia.

53. En realidad Carlomán no murió en Montecassino, ni su actividad política finalizó en el punto en el que la deja Eginhardo. A petición de Astolfo, el rey de los longobardos, abandonó Montecassino y se dirigió a Francia para impedir que Pipino llevara a cabo la expedición contra los longobardos que estaba planeando (véase el capítulo 6). Carlomán fracasó en su intento y Pipino le obligó a recluirse en un monasterio en Vienne, donde murió en el año 754.

54. En el año 754 Esteban II ungió a Pipino como rey en la abadía de Saint Denis, acto por el cual la Iglesia confirió carácter sacramental a este rey y a su descendencia, es decir, a los carolingios.

55. Pipino gobernó desde el año 751 hasta el 768.

56. El 24 de septiembre del año 768. La guerra de Aquitania duró desde el año 760 hasta el 768.

57. Carlomán murió en diciembre del año 771. Ello evitó una posible guerra abierta entre los dos hermanos y permitió, además, una acción de incalculable importancia para la política y la historia de los francos: Carlomagno, sin respetar los derechos de sus sobrinos, tomó posesión de los territorios de Carlomán y se constituyó, por lo tanto, en único rey de todos los francos; véase Riché, 1982: 93-95.

58. A menudo se ha señalado lo extraña que resulta esta afirmación de Eginhardo sobre la falta de noticias acerca del nacimiento y de los primeros años de Carlomagno. En todo ello se ha querido ver un pretexto del biógrafo para no tener que aludir a las circunstancias que rodearon el nacimiento del rey. No se sabe con certeza en qué año nació Carlomagno: parte de los estudiosos proponen el año 742, y otros retrasan su nacimiento hasta los años 747-748. Una de las fechas que se sugieren, el año 742, sitúa su nacimiento antes de que su madre, Bertrada, hubiera contraído matrimonio con Pipino el Breve (hacia los años 743-744). Este supuesto implicaría que Carlomagno era un hijo bastardo legitimado, mientras que Carlomán, nacido en el 751, después del matrimonio de sus padres, era hijo legítimo. Ello explicaría el enfrentamiento entre ambos hermanos, dado que Carlomán podría haberse sentido el heredero legítimo de Pipino el Breve. Véanse Rapisarda, 1970: 85; Chiesa, 2014: lvii-lviii y 72-72.

59. Esta triple división corresponde, más o menos, a los siguientes capítulos: 5-17, 18-28 y 29-33.

60. Véase el capítulo 3.

61. Este Hunoldo era el hijo de Waifredo (muerto en el año 768). La rebelión de Hunoldo tuvo lugar en el año 769.

62. En este pasaje Eginhardo denomina Vasconia *(Wasconia)* a la región habitada por los vascones entre el Garona y los Pirineos. Véase Torregaray Pagola, 2001-2002: 442. Hunoldo se refugió en territorio vascón, gobernado entonces por Lupo II (muerto en el año 774), ya que este pueblo fue uno de los más batalladores aliados de los aquitanos en su lucha contra los francos.

63. Adriano I fue papa desde el año 772 hasta el 795. Los longobardos (langobardos o lombardos) eran un pueblo germánico que había invadido y ocupado gran parte de Italia desde finales del siglo VI, y que siempre constituyó una seria amenaza para el papado.

64. Pipino el Breve, ligado al papado por una deuda de gratitud tras la deposición de los merovingios, emprendió esta primera expedición contra los longobardos en el año 755. La segunda expedición, a la que no hace alusión Eginhardo, tal vez por un deseo de resaltar la obra de Carlomagno frente a la de su padre, tuvo lugar en el año 756 y concluyó con la cesión a la Iglesia de las tierras que constituyeron el primer núcleo de los Estados Pontificios.

65. La guerra contra Desiderio sólo duró dos años (773-774). La rebelión de Rodgauso, el duque de Friul, estalló en el año 776. Pipino, hijo de Carlomagno, no fue coronado rey de Italia hasta el 781.

66. Desiderio fue obligado a recluirse en el monasterio de Corbie, donde murió poco después. Adalgiso, tras haber huido primero a Verona y luego a Salerno, se

refugió finalmente en Constantinopla, donde intentó, sin éxito, obtener la ayuda de Bizancio para reconquistar el reino longobardo.

67. Los sajones constituían un grupo de diversas naciones germánicas que ocupaban las llanuras que se extienden desde el río Ems hasta el Elba y el Saale, y desde el mar del Norte hasta el macizo del Harz. Veneraban a Irminsul, el dios que sostenía la bóveda celeste y al que representaban con la forma de una columna. Se mostraban profundamente hostiles al cristianismo porque lo consideraban un instrumento de penetración franca.

68. Desde el año 772 hasta el 804, con las deportaciones de sajones a las que Eginhardo hace mención en este capítulo.

69. La conversión de los sajones, y su sumisión al rey franco, quedó regulada, en períodos de guerra, por un decreto *(Capitulatio in partibus Saxoniae,* del año 785), por el que se obligaba a este pueblo, bajo pena de muerte, a bautizarse, a practicar el cristianismo y a guardar fidelidad a Carlomagno. Estas medidas se suavizaron notablemente en el año 797: Sajonia fue asimilada a los restantes territorios del reino franco, y la constante amenaza de pena de muerte quedó substituida por la imposición de multas, lo que, en el derecho franco, se consideraba suficiente para mantener la paz pública. Véase Halphen, 1955: 46-51.

70. En el año 783.

71. Se trata de la expedición al norte de Hispania que llevó a cabo Carlomagno en el verano del año 778. Sobre todo este capítulo, véase el apartado «El capítulo noveno de la *Vida de Carlomagno»* de la introducción.

72. Esta emboscada en la que cayó la retaguardia franca es la famosa batalla de Roncesvalles, que tuvo lugar el 15 de agosto del año 778.

73. El senescal era el encargado de proveer al palacio de todo aquello que necesitara y de él dependían el resto de los sirvientes. El conde de palacio asistía al rey en el ejercicio de la administración de la justicia. Muy a menudo los cargos de palacio no limitaban su actividad a los asuntos privados del emperador o que afectaran a su residencia, sino que muchos de ellos desempeñaron importantes misiones diplomáticas o llevaron a cabo acciones militares. Véase A. Riquer, 1994: 114-116. Cabe señalar, por otra parte, que el epitafio del senescal Egihardo, cuyo texto se ha conservado (MGH, PLAC I: 109-110), constituye la única fuente que trasmite la fecha de la batalla de Roncesvalles: *die XVIII Kalendas Septembrias,* es decir, el 15 de agosto.

74. Acerca de esta mención a Roldán, véase el apartado «El capítulo noveno de la *Vida de Carlomagno»* de la introducción.

75. En la península armoricana.

76. Esta expedición contra los bretones tuvo lugar en el año 786.

77. El ducado longobardo de Benevento, al sur de los Estados Pontificios, seguía gozando de cierta independencia principalmente gracias a su alianza con Bizancio. La campaña contra el ducado de Benevento se desarrolló durante los años 786-787.

78. Este hijo menor es Grimaldo, que luego sería el sucesor de su padre Aragiso al morir éste en el año 787.

79. Los hunos son los ávaros que habitaban entonces la Panonia; véase el capítulo 13.

80. El Lech es un afluente del Danubio; los alamanes, que ocupaban una región al oeste de Baviera, eran un pueblo germánico que desde el siglo V se encontraba bajo el dominio franco.

81. En este capítulo Eginhardo resume y mezcla dos hechos distintos: en el año 787 Tasilón, tras ser derrotado por Carlomagno, tuvo que prestarle juramento de fidelidad, pero, inmediatamente después, planeó una rebelión contra el rey franco aliándose con los ávaros (sobre este pueblo, véase el capítulo 13). Tasilón fue acusado de traición en el 788 y, aunque en un principio fue condenado a muerte, se le acabó conmutando la pena por la de prisión perpetua en el monasterio de Jumièges. Carlomagno no volvió a designar un duque entre los otros jefes bávaros, sino que nombró *praefectus* del país a uno de sus condes, su cuñado Geroldo.

82. Los welátabos o wilzos eran un pueblo eslavo establecido cerca del mar Báltico, entre los ríos Elba y Oder. La expedición contra ellos tuvo lugar en el año 789.

83. Los abodritas eran otro pueblo eslavo, vecino de los welátabos por el oeste, establecido en la región comprendida entre el Elba inferior y el mar Báltico.

84. Se trata del mar Báltico. Los datos que aquí se ofrecen sobre la anchura de este mar son inexactos. El océano occidental es, en este caso, el mar del Norte, al oeste del Báltico.

85. Eginhardo parece olvidarse de que los welátabos se rebelaron en el año 808; de hecho, hasta el 812 se llevaron a cabo diversas expediciones militares contra ellos.

86. Los ávaros, un pueblo nómada oriundo de las estepas asiáticas, se habían establecido en el centro del valle del Danubio desde finales del siglo VI. Era una

raza guerrera, de jinetes intrépidos y veloces, que se dedicaba a recorrer los países balcánicos y las diversas regiones de la Europa occidental en incursiones de saqueo. Eginhardo, al igual que la mayoría de sus contemporáneos, confundía a los ávaros con los hunos, ya que los ávaros se habían asentado en los mismos lugares que antes había dominado el pueblo de Atila. No cabe duda de que el carácter feroz y belicoso de ambos pueblos contribuyó a mantener la confusión.

87. Según los *Annales regni Francorum* la guerra duró desde el 791 hasta el 803.

88. Kaghan era el título del rey de los ávaros, como el de muchos soberanos asiáticos.

89. El magnífico botín de los ávaros, obtenido gracias a sus numerosos saqueos, permanecía guardado en un recinto fortificado al que llamaban *hring* (‘círculo’). En el 796, el ejército franco consiguió ocupar el *hring* y, al final del mismo año, regresó a Aquisgrán portando el botín más espléndido jamás adquirido en una guerra.

90. La guerra contra los bohemios, pueblo eslavo que ocupaba la Bohemia histórica, tuvo lugar en el año 805. Los linones eran otro pueblo eslavo, asentado a la orilla derecha del Elba, entre el río Havel y el Elda, contra el que Carlomagno hizo la guerra en el 808 y en el 811.

91. El hijo mayor de Carlomagno.

92. Los enfrentamientos con los daneses duraron desde el año 804 hasta el 810.

93. Los turingios eran un pueblo germánico asentado al sureste de Sajonia y los sorabos eran un pueblo eslavo que ocupaba un núcleo de tierras entre el río Saale y el Elba. Los griegos que se mencioan más adelante son, evidentemente, los bizantinos.

94. En su afán de exaltar a Carlomagno, Eginhardo exagera las conquistas del rey franco. El ducado de Aquitania, aunque continuamente en rebelión, ya formaba parte del reino franco desde Pipino el Breve. Por otra parte, Carlomagno no conquistó la Vasconia, ni su imperio se extendió hasta el Ebro ni hasta Calabria.

95. Se trata de Alfonso II el Casto, que reinó desde el año 791 hasta el 842.

96. Los escotos son los irlandeses. Aquí parece que Eginhardo ha confundido a los reyes de Irlanda con los de Northumbria y, en concreto, con Eardulfo, uno de sus reyes, quien, al perder el trono en el año 808, pidió ayuda a Carlomagno y al Papa. Asimismo, se cree que pueden haber contribuido a la confusión del biógrafo las expresiones de humildad y sometimiento a Carlomagno incluidas en cartas del rey de Mercia (un reducto al sur de Northumbria).

97. Es Harún al-Raschid, el célebre califa abasí de Bagdad (786-809), que logró imponer tributo al imperio bizantino y fue mecenas de numerosos científicos, literatos y músicos. Su fama, además, trascendió a la literatura como héroe de muchas de las narraciones de *Las mil y una noches*. Eginhardo usa la forma Aarón porque es la que aparece en los textos francos.

98. Eginhardo funde en dos lo que fueron distintas embajadas entre los años 799 y 807. Por ejemplo, en el año 800 fue el patriarca de Jerusalén, y no Harún al-Raschid, quien envió a Carlomagno las llaves del Santo Sepulcro como un gesto de deferencia, un acto puramente simbólico que en absoluto implicaba, como parece sugerir el texto de Eginhardo, un traspaso de la autoridad. En el 802, otra embajada, enviada por el califa abasí, llegó a Aquisgrán con el citado elefante, cuyo nombre consta que era Abul Abbas.

99. Los emperadores de Constantinopla eran Nicéforo I (802-811), Miguel I (811-813) y León V (813-820). Tras años de conflictos y negociaciones, en el año 812 Miguel I reconoció y aceptó el título imperial de Carlomagno.

100. Los bátavos eran un pueblo germánico asentado en la desembocadura del Rin, en lo que se denominaba la isla de los bátavos, que corresponde a los actuales Países Bajos.

101. El mar del Norte.

102. Los mauros son los sarracenos del norte de África o de Al-Ándalus.

103. Véase el capítulo 3.

104. Este primer matrimonio de Carlomagno se celebró probablemente en el año 770.

105. Carlomagno e Hildegarda tuvieron en realidad nueve hijos, cuatro varones y cinco hembras, tres de los cuales murieron muy pequeños, por lo que Eginhardo no los nombra. Hildegarda murió el 30 de abril del 783 y este mismo año Carlomagno se casó con Fastrada.

106. En el año 794.

107. Liutgarda murió el 4 de junio del año 800.

108. La monogamia, así como la indisolubilidad del matrimonio, no entraron en la práctica general hasta el siglo X. Las uniones fuera del matrimonio eran toleradas y el concubinato no constituía una falta grave.

109. En el año 783.

110. Gisela murió en el monasterio de Chelles, del cual fue abadesa, en el 810.

111. Las artes liberales constituyeron el pilar fundamental de la educación medieval. Estas disciplinas, que eran siete, se abordaban agrupadas en dos bloques: el *trivium,* que eran la gramática, la retórica y la dialéctica, y el *quadrivium,* formado por la aritmética, la geometría, la astronomía y la música.

112. Eginhardo sigue sin tener en cuenta los tres hijos que murieron cuando eran niños.

113. Carlos murió en el año 811 y Pipino en el 810. Rotrudis había sido desposada con Constantino VI cuando era una niña, pero el compromiso matrimonial se rompió. Falleció el 6 de junio del año 810.

114. En el año 795.

115. Eran bien conocidas las relaciones amorosas entre Rotrudis y el conde de Main, que dieron como fruto un hijo, Luis, que luego fue abad de Saint Denis, así como las de Berta y el poeta Angilberto; éstos tuvieron dos hijos, uno de los cuales fue el historiador Nithardo de Saint Riquier.

116. Su madre, Himiltrudis, era una joven de familia noble. A este hijo, anterior al primer matrimonio de Carlomagno, se lo conoce como Pipino el Jorobado.

117. La rebelión tuvo lugar en el año 792.

118. En el año 785 o en el 786.

119. Los *Annales regni Francorum* aluden a la crueldad de Fastrada como causante de la conspiración de Pipino el Jorobado, no de la de Germania.

120. Una de las normas establecidas en los cánones artísticos observaba la relación entre la longitud del pie y la altura del cuerpo. Que Carlomagno era, al parecer, muy alto se deduce no sólo del testimonio de Eginhardo, sino también de otros escritores de la época. Por otra parte, en 1861 se exhumaron los presuntos restos del rey franco, y por la reconstrucción que se hizo del esqueleto se calcula que medía aproximadamente 1,92 m, una estatura realmente muy elevada, sobre todo para la época.

121. Aquisgrán, *Aquae grani,* era, desde el imperio romano, una famosa estación termal.

122. La segunda vez en la que Carlomagno se vistió según la costumbre romana fue con motivo de su coronación imperial, el 25 de diciembre del año 800. Véase el capítulo 28.

123. La lengua materna de Carlomagno era el fráncico, un dialecto germánico occidental.

124. El poeta y gramático Pedro de Pisa fue llamado a la corte de Carlomagno tras la conquista franca del reino longobardo (773-774). Fue uno de los primeros eruditos que enseñaron en la escuela de palacio y, como señala el texto, profesor de latín de Carlomagno, a quien dedicó una gramática latina que compuso.

125. Alcuino nació hacia el año 735 en el seno de una familia de sajones de Northumbria (por lo tanto, Bretaña en el texto de Eginhardo se refiere a la Gran Bretaña) y cursó estudios en la escuela episcopal de York, que luego, desde el año 778, estuvo bajo su dirección. Carlomagno encontró en Alcuino, quien a partir del año 782 residió en la corte del rey franco, el más valioso propulsor de las empresas culturales que caracterizaron la renovación carolingia; además, llegó a ser una figura imprescindible en la escuela de palacio, en parte creación suya. En el año 796 Alcuino se retiró a San Martín de Tours, donde murió, siendo abad de dicho monasterio, en el año 804. Por lo que respecta a su nombre, cabe señalar que éste aparece muchas veces en las formas *Alcuinus* o *Albinus,* e incluso *Albin,* variantes éstas que él mismo solía utilizar, como posibles transcripciones al latín de su nombre anglosajón *Alchwin* o *Alhwin*.

126. Se trata de la famosa capilla palatina de Aquisgrán en la que todavía hoy se pueden admirar las balaustradas y las puertas de bronce de las que habla Eginhardo.

127. En la jerarquía eclesiástica había cuatro órdenes menores: el acólito, el exorcista, el lector y el portero u ostiario. Las tres órdenes mayores eran el presbítero, el diácono y el subdiácono.

128. La reforma litúrgica, ya iniciada por Pipino el Breve, consistió básicamente en la romanización de las costumbres y de los ritos del culto, como la adopción del *cantus Romanus* y de los textos litúrgicos que lo acompañaban. Esta unificación parecía muy necesaria habida cuenta de que no existía una liturgia única en todo el territorio franco. Véase Paul, 1988: 36-39.

129. Un capitular del año 810 señala que Carlomagno ordenó hacer una colecta en todo el imperio franco para restaurar las iglesias de Jerusalén. Asimismo, testimonios posteriores le atribuyeron la construcción y mantenimiento de un hospicio cerca del Santo Sepulcro. Sobre las relaciones de Carlomagno con el califa abasí Harún al-Raschid, de cuyo imperio dependía Jerusalén, véase el capítulo 16.

130. Carlomagno fue a Roma en los años 774, 781, 787 y 800. En esta última visita, en la que fue coronado emperador, el rey franco hizo una muy generosa donación a la basílica de San Pedro.

131. El 25 de abril del año 799 León III fue violentamente atacado por un grupo de conjurados con la complicidad de altos funcionarios del palacio pontificio, entre los que se encontraban familiares del anterior pontífice. Logró escapar y se refugió en Paderborn, en Sajonia, donde a la sazón se encontraba Carlomagno, a quien solicitó apoyo contra los rebeldes. Éste hizo que León III regresara a Roma acompañado de altos dignatarios francos, encargados de abrir una investigación y de restablecer la paz entre el Papa y sus enemigos. Véase Folz, 1989: 163-180.

132. De hecho, Carlomagno fue a Roma para presidir una reunión, que tuvo lugar el 23 de diciembre del año 800, en la que León III se vio obligado a justificarse, mediante juramento, de las diversas acusaciones que le imputaban sus enemigos, especialmente de las de conducta deshonesta y perjurio. Véase Folz, 1989: 181-195.

133. La ceremonia de la coronación imperial fue el 25 de diciembre de ese mismo año, el 800, en la basílica de San Pedro. Antes de que se celebrara la misa de Navidad, el papa León le impuso la corona a Carlomagno e invitó a los presentes a aclamarlo como «Carlos, Augusto, coronado por Dios, magno y pacífico emperador de los romanos». Luego, según algunos testimonios, el Pontífice se arrodilló ante él y le adoró a la manera del antiguo rito bizantino (véase Hoyo-Gazapo, 1997: 63-64). Por otra parte, mucho se ha discutido sobre la versión dada por Eginhardo en este capítulo acerca de la sorpresa e incluso desaprobación de Carlomagno ante su propia coronación. Halphen (1921: 219-238) no la cree cierta y alega, entre otras cosas, que la intención del Papa tenía que haber llegado no sólo a oídos del rey franco sino también a los de los feligreses que lo aclamaron en San Pedro. En cambio, R. Folz (1989: 202-204) sugiere que el descontento de Carlomagno puede explicarse por la manera en que se desarrolló la coronación: de un lado, por el papel preponderante de León III y los romanos frente al lugar secundario que ocuparon los francos en todo el proceso; de otro lado, por ciertas imprecisiones o irregularidades que hubo en la ceremonia, como el hecho de que la coronación precediera a la aclamación, lo contrario que en el rito bizantino. De hecho, todo ello obligó al nuevo emperador a definir el sentido de su título, sobre todo ante el imperio bizantino. Véase Chiesa, 2014: 112-113.

134. Los emperadores de Oriente, tras la caída del imperio de Occidente, se consideraban los únicos sucesores de los emperadores romanos.

135. En el año 803 Carlomagno promulgó unos capítulos adicionales a las dos leyes de los antiguos pueblos francos, la ley sálica y la ley ripuaria.

136. En este pasaje se ha querido ver una prueba de la existencia de cantares épicos muy antiguos en lenguas germánicas. Evidentemente, no se puede saber a qué composiciones se está refiriendo Eginhardo, quizá al ciclo de los Nibelungos u otros cantares de este estilo.

137. De la que nada se conserva. Sobre la lengua materna de Carlomagno, véase el capítulo 25.

138. Estos términos del fráncico constituyen, salvo el que designa el mes de febrero, compuestos de la forma *manoth,* 'mes' (cf. inglés *month,* alemán *Monat),* y un primer elemento de significado claro, que hace referencia, por lo general, al ciclo de las estaciones o a las labores del campo. Así, *wintarmanoth:* 'mes del invierno'; *hornung,* relacionado con *Horn*, 'cuerno'; *lentzinmanoth:* 'mes de la primavera'; *ostarmanoth:* 'mes de Pascua'; *winnemanoth:* 'mes de los pastos'; *brachmanoth:* 'mes de la roturación'; *hewimanoth:* 'mes del heno'; *aranmanoth:* 'mes de la cosecha'; *witumanoth:* 'mes de los bosques'; *windumemanoth:* 'mes de la vendimia'; *herbistmanoth:* 'mes del otoño'; *heilagmanoth:* 'mes santo'.

139. Esta división en doce vientos procede de las *Etimologías* de Isidoro de Sevilla (XIII, 11). Los términos del fráncico constituyen compuestos de adjetivos derivados de los nombres de los cuatro puntos cardinales, simples o en combinación, y el substantivo *wint* ('viento'). Éste, sin embargo, sólo está expreso en el primero que se menciona, *ostroniwint:* 'viento occidental'. Estos nombres, que son los propios de las lenguas germánicas, se han extendido por préstamo a otras lenguas, entre ellas las nuestras.

140. La ceremonia de coronación de Ludovico Pío se celebró el 11 de septiembre del año 813.

141. Hacia el primero de noviembre. Según los *Annales regni Francorum,* esta partida de caza en el bosque de las Ardenas se hizo antes de la coronación de Ludovico Pío, en pleno verano, y fue interrumpida porque Carlomagno «enfermó a causa de un dolor en los pies», lo que le obligó a volver a Aquisgrán; entonces decidió que tenía que dejar en orden su sucesión y por esto hizo llamar a su hijo (véase Hoyo-Gazapo, 1997: 82).

142. El 28 de enero, a las nueve de la mañana. Era el año 814.

143. En Aquisgrán.

144. La indicción expresaba, a partir de Constantino, un período de quince años. El cómputo en indicciones, usado primero en los documentos relativos a las imposiciones tributarias, penetró en la práctica litúrgica y luego se generalizó. El año 814 correspondía a la séptima indicción.

145. En los *Annales regni Francorum* se mencionan fenómenos astronómicos de este tipo en los años 806, 807, 809, 810 y 812. Véase Hoyo-Gazapo, 1997: 72-73, 79 y 82.

146. Los *Annales regni Francorum* hacen mención de un suceso idéntico, pero acaecido en el año 817, o sea, después de la muerte de Carlomagno (véase

Hoyo-Gazapo, 1997: 89).

147. Esto ocurrió en mayo del año 813; Eginhardo ya hace alusión a este puente y a su desgraciado fin en el capítulo 17.

148. En el año 810; sobre esta expedición véase el capítulo 14.

149. Era el lugar donde estaba guardado el tesoro imperial (lingotes de metales preciosos, monedas, joyas...). Se consideraban bienes personales de Carlomagno, de los que no tenía que dar cuenta a nadie y de los que podía disponer libremente.

150. Cividale de Friul, en Udine.

151. Moutiers-en-Tarantaise, en Saboya.

152. Cabe recordar la importancia histórica de Rávena, capital del exarcado homónimo perteneciente al imperio bizantino hasta que fue conquistada por los longobardos en el año 751. Desde el siglo IV, era la principal diócesis del norte de Italia y, en tiempo de Carlomagno, su iglesia podía considerarse la más importante de todo el imperio después de la de Roma.

153. Los *Annales Bertiniani* (año 842) describen el dibujo que llevaba esta mesa: «... estaba grabada una descripción de todo el orbe, una explanación de los astros y las órbitas de los distintos planetas, divididos los espacios correspondientes a cada signo zodiacal. Brillaban las imágenes de los signos grabadas en relieve» (véase Hoyo-Gazapo, 1997: 150). Los tres círculos concéntricos son la configuración del universo según el sistema de Ptolomeo y representan: el primero, la tierra y la atmósfera terrestre; el segundo, la luna, el sol y los planetas, y el tercero, las estrellas fijas. Tras la muerte de Carlomagno, esta mesa pasó a ser propiedad de Ludovico Pío, pero en el año 842 Lotario la seccionó en pedazos para distribuirlos entre sus soldados.

154. Los siete primeros eran respectivamente los arzobispos de Colonia, Maguncia, Salzburgo, Reims, Besançon, Lyon y Arles. Los cuatro últimos eran los obispos de Orleans (el poeta hispano Teodulfo), Amiens, Basilea y Lieja.

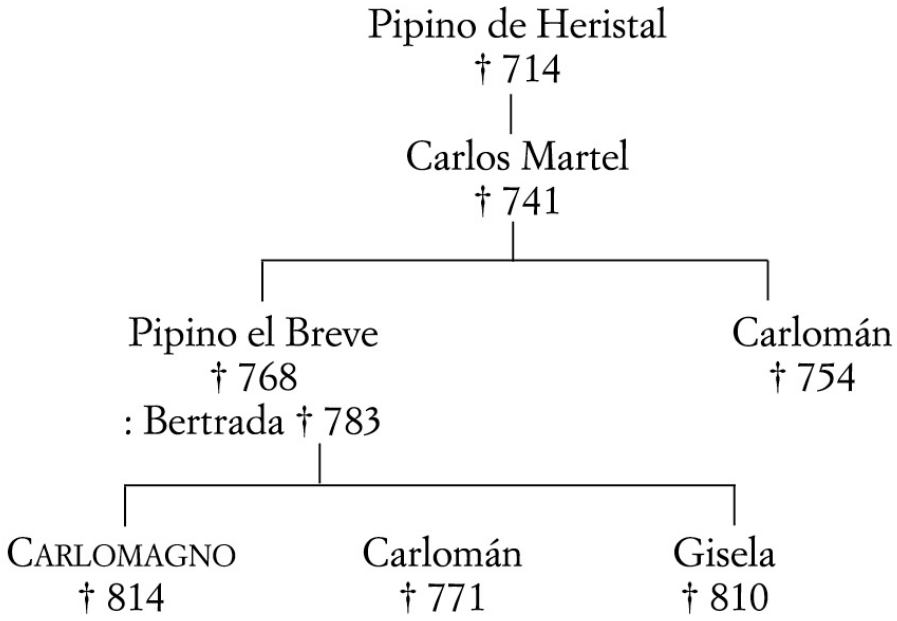
155. Abades de San Martín de Tours, Lorsch, Saint-Riquier (se trata del poeta Angilberto) y Saint-Germain-des-Prés.

156. Resulta difícil dar una identificación segura de cada uno de estos condes. El más importante de todos ellos es Wala, primo de Carlomagno, que luego fue abad de Corbie y que desempeñó un importante papel político bajo el reinado de Ludovico Pío. Por otra parte, cabe suponer que quien aparece mencionado en el texto como Bero es Bera, el conde de Barcelona. Para el resto de las identificaciones de estos condes, véase Sot-Veyrard-Cosme, 2015: 84-87.

157. Otras fuentes contradicen lo que afirma Eginhardo respecto a la repartición de las riquezas de Carlomagno llevada a cabo por Ludovico Pío.

Cuadros genealógicos de los carolingios

I. Antepasados de Carlomagno



II. Uniones y descendencia de Carlomagno

Carlomagno
: 1) Ermengarda
: 2) Hildegarda †783
: 3) Fastrada † 794
: 4) Liutgarda † 800
: 5) Himiltrudis (concubina)
: 6) concubina
: 7) Madelgarda (concubina)
: 8) Gersvinda (concubina)
: 9) Regina (concubina)
: 10) Adelinda (concubina)

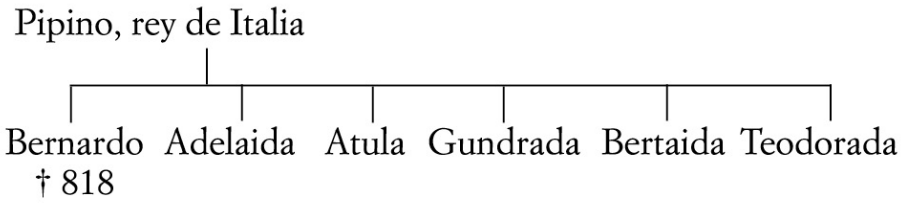
2) Carlos † 811 Pipino † 810 Ludovico † 840 Rotrudis † 810 Berta † 814 Gisela

3) Teodorada Hiltrudis
5) Pipino el Jorobado † 811
6) Rodaida
7) Rotilda
8) Adeltrudis

9) Drogón † 855 Hugo † 844

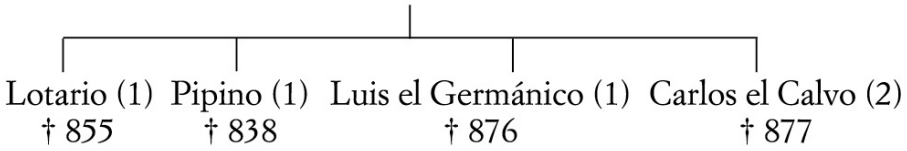
10) Todorico † 818

III. DESCENDENCIA DE PIPINO, HIJO DE CARLOMAGNO



IV. ESCENDENCIA DE LUDOVICO PÍO, HIJO DE CARLOMAGNO

Ludovico Pío
: 1) Ermengarda
: 2) Judit


Lotario (1)
† 855
Pipino (1)
† 838
Luis el Germánico (1)
† 876
Carlos el Calvo (2)
† 877

Título original: *Vita Karoli*

Edición en formato digital: 2019

© de la introducción, traducción y notas: Alejandra de Riquer Permanyer, 2019
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2019
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
alianzaeditorial@anaya.es

ISBN ebook: 978-84-9181-679-9

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.
Conversión a formato digital: REGA

www.alianzaeditorial.es